

A nuestra Constitución se la llama democracia porque el poder no está en las manos de unos pocos, sino en las de muchos.

Tucidides, *Oración fínebre de Pericles*

Democracia significa literalmente «el gobierno del pueblo». Proviene de las palabras griegas *demos*, pueblo, y *kratos*, gobierno o poder. El concepto se desarrolló por vez primera en las pequeñas ciudades-estado griegas; la democracia ateniense (sobre todo entre el 450 a.C. y el 350 a.C.) es la que suele señalarse como el principal modelo primitivo. Pericles, el gran estadista ateniense, definía, en el año 431 a.C., la democracia en los siguientes términos:

Se denomina democracia a nuestra Constitución porque no está en manos de unos pocos, sino de muchos. Pero nuestras leyes garantizan igual justicia para todos en sus disputas privadas y nuestra opinión pública acoge y honra el talento en toda rama del progreso [...] sólo en función de la excelencia [...] Nuestros ciudadanos atienden sus obligaciones públicas y privadas y no permiten que la absorción en sus diversos asuntos interfiera en su conocimiento de los de la ciudad [...] Decidimos y debatimos, con cuidado y personalmente, todos los asuntos políticos, considerando que [...] todos los actos están condenados al fracaso cuando se acometen sin discutirse¹.

En esta formulación clásica, Pericles identifica las siguientes características de una democracia:

1. Gobierno del pueblo, con la participación total y directa de éste.
2. Igualdad ante la ley.
3. Pluralismo, es decir, respeto de todas las aptitudes, ocupaciones y puntos de vista.

4. Respeto de un ámbito separado y privado (opuesto a lo público) para la realización y expresión de la personalidad de un individuo.

Participación, igualdad ante la ley, pluralismo e individualismo para todos (excepto para las mujeres y los numerosos esclavos). Éstas fueron las piedras angulares de la temprana democracia, antes de que desapareciera de Grecia y del entonces mundo conocido después de un breve renacimiento en Roma.

Principales fases de la democracia contemporánea

El pensamiento democrático contemporáneo puede remontarse al siglo XVI, e incluso antes. Tiene muchas raíces: prácticas e instituciones feudales, teorías sobre la ley natural y los derechos naturales, las guerras religiosas y la exigencia de tolerancia, la declaración de los derechos de propiedad y la libertad para emprender actividades económicas individuales, y la noción de limitaciones a la autoridad política, por nombrar las más importantes de ellas. El hito fundamental lo proporciona el filósofo inglés John Locke, quien, a finales del siglo XVII, desarrolló con algún detalle cuatro de los conceptos cardinales de la democracia: *igualdad, derechos y libertades individuales*—*incluida la propiedad*—, *gobierno basado en el consentimiento de los gobernados y las limitaciones al Estado*. Las teorías de Locke condujeron al desarrollo del gobierno representativo y parlamentario.

El segundo acontecimiento que marca un hito histórico —la aparición del liberalismo económico— llegó con los trabajos de Adam Smith, especialmente con su libro *La riqueza de las naciones* (1776). Y de una nueva escuela de filósofos radicales conocidos como los *utilitaristas*. En la primera mitad del siglo XIX, éstos desarrollaron la teoría del «hombre económico» que es motivado por dos impulsos gemelos: satisfacer el placer y evitar el dolor. Al igual que Adam Smith, construyeron un Estado teóricamente limitado que daría libertad a los individuos para perseguir sus propios intereses. Los utilitaristas se convirtieron en los defensores del individualismo económico, es decir, del capitalismo.

A lo largo del siglo XIX, la teoría del consentimiento y del gobierno representativo de Locke se fue ampliando, pero el liberalismo y el individualismo económico fueron constantemente analizados y criticados. Los trabajos del filósofo francés Jean-Jacques Rousseau —especialmente *El contrato social* (1762)— fueron utilizados para ampliar la teoría de la participación de forma que incluyera a todos. Se volvió a examinar el papel del Estado para favorecer una mayor intervención en materias económicas y sociales destinada a mejorar la protección de los pobres, los desempleados, los ancianos, los jóvenes y muchos grupos desfavorecidos. Por primera vez apareció la noción de *Estado positivo*: el que actúa para proporcionar servi-

cios sociales y garantizar derechos económicos. Por último, en el siglo XX y prolongándose hasta nuestros días, los socialistas y un creciente número de demócratas han comenzado a ampliar la noción de Estado positivo. Exigen reformas radicales del sistema económico de forma que el Estado asuma la obligación de proporcionar una serie de servicios siempre en aumento. Es lo que ha venido a ser conocido como el *Estado de bienestar*.

Los socialistas cuestionan el individualismo económico y quieren reemplazarlo por un sistema en el que el propio Estado sea propietario y administrador de los principales recursos productivos. El Estado dirigiría la economía, ya no con ánimo de lucro, sino para satisfacer necesidades sociales y comunitarias. Muchos partidos socialistas estuvieron comprometidos con esta posición hasta hace muy poco, representando una síntesis que combinaba la política democrática y los derechos individuales con la intervención masiva del Estado en la economía y la socialización de algunos de los principales motores de la producción. En este apartado no incluímos, naturalmente, ni el marxismo ni los regímenes comunistas, ya que rechazaron las prácticas políticas democráticas y se dedicaron a la socialización y a la administración por parte del Estado de todas las ramas de la economía, incluidos el comercio, la agricultura y los servicios.

Al analizar la democracia como una ideología estamos tratando, por tanto, con un cuerpo de pensamiento y acción muy rico y completo, que ha sufrido cambios y transformaciones en los tres últimos siglos y ha dado lugar a una gran variedad de movimientos políticos. Vamos a estudiar la fase liberal de la democracia, su doctrina política y económica, y sus instituciones; su fase como Estado de bienestar —socialista o colectivista— y, de nuevo, la reafirmación más reciente del liberalismo económico y del capitalismo.

ideas y opiniones venerables, son erradicadas; todas las recién formadas se vuelven obsoletas antes de que puedan anquilosarse. Todo lo que es sólido se desvanece en el aire, todo lo que es sagrado se profana.

Al final del siglo se inyectó un nuevo factor en la filosofía liberal: la justicia social. Era necesaria para sostener a los individuos de una u otra forma cuando su independencia e iniciativa no les proporcionaba protección, o cuando el mercado no mostrara la flexibilidad o sensibilidad que se suponía mostraría satisfaciendo necesidades básicas. Comenzó a desarrollarse un nuevo espíritu de ayuda mutua, cooperación y servicio, que se fortaleció con la llegada del siglo XX.

3. Democracia y economía: socialismo, Estado de bienestar... ¿otra vez capitalismo?

Pero el hombre en la sociedad no sólo vive su vida individual; también modifica la forma de las instituciones sociales siguiendo a la razón; de manera... que las hace más eficaces para asegurar la libertad.

Sydney Oliver, *Fabian Essays in Socialism*

Nuestra libertad de elección en una sociedad competitiva reside en el hecho de que, si una persona rechaza satisfacer nuestros deseos, podemos acudir a otra. Pero si nos encontramos con un monopolista estamos a su merced. Y una autoridad que dirija la totalidad del sistema económico sería el mayor poder monopolista concebible.

F. A. Hayek, *Camino de servidumbre*

El año 1848 fue decisivo para el liberalismo europeo, pues de él comenzaron a derivarse poderosas y divergentes corrientes. Desde París a Palermo, desde Frankfurt y Londres a Budapest, Viena y Madrid, los pobres, los trabajadores y los campesinos que habían abandonado el campo por los centros urbanos, liderados por estudiantes e intelectuales que estaban de su lado, se levantaron para arrebatarse el poder a las clases acaudaladas en nombre de la *democracia radical* y del *socialismo*. Ese mismo año J. S. Mill escribía sobre los logros industriales y tecnológicos del período y señalaba que sólo habían mejorado la calidad de vida de la clase media. «Todavía —añadió— no han comenzado a efectuar aquellos grandes cambios en el destino humano, que es su naturaleza [...] Llevar a cabo»¹.

Las clases medias se encontraban vacilantes. Algunos se alinearon con los demócratas radicales y los socialistas y unieron sus fuerzas con ellos en

una alianza que no pudo durar. Otros respaldaron a los grupos conservadores —la nobleza, la iglesia y los terratenientes— que habían opuesto resistencia al liberalismo.

Utilizando los tres núcleos básicos de la ideología liberal democrática como guía es relativamente sencillo trazar su evolución durante el siglo XIX y reexaminar su posición actual.

Demócratas radicales

Los demócratas radicales aceptaron el núcleo moral del liberalismo: los derechos civiles, las libertades individuales y la libertad de prensa, religión y asociación (aunque insistieron en la secularización de muchas de las funciones que realizaba la Iglesia, como la educación, y apoyaron rotundamente la expropiación de sus bienes raíces). También respaldaron el núcleo político, pero lo interpretaron en términos rousseauianos: todo el poder político debería provenir directamente del pueblo y una mayoría podría adoptar todas las decisiones directamente o a través de asambleas representativas soberanas. Estaban en contra de todas las restricciones del voto y de cualquier impedimento al ejercicio de la voluntad popular. También comentaron a expresar reservas importantes respecto al núcleo económico, al capitalismo.

Los demócratas radicales en Inglaterra y Francia

Aproximadamente entre 1830 y 1850, se desarrolló en Inglaterra un fuerte movimiento democrático radical. Era el *cartismo*, un movimiento de reformas de clase media con apoyo de las clases trabajadoras. Su programa (la Carta) parecía ser principalmente político, pues exigía el sufragio universal masculino, distritos electorales iguales, «un hombre, un voto», parlamentos anuales, eliminación de todas los requisitos de propiedad y el voto secreto. Los líderes, Feargus O'Connor, Francis Place y William Lovett, intentaban una y otra vez presionar al Parlamento para que legislara de acuerdo con la Carta, pero sin éxito.

Más junto a la reforma política, un fuerte grupo de entre los cartistas insistió en la reforma económica y social. En algunas ocasiones se aproximaron a las ideas socialistas que en esa época estaban circulando por Inglaterra y el resto de Europa. Exigían la regulación del horario laboral y de los salarios, así como beneficios sociales para los trabajadores.

Ocho horas para trabajar; ocho horas para disfrutar; ocho horas para dormir; ocho chelines al día

fue uno de los muchos eslóganes cartistas. Algunos de sus líderes defendían abiertamente medidas socialistas.

Es obligación del gobierno asignar su actual superávit de ingresos y la recaudación de la propiedad nacional y pública a la compra de tierras y a establecer allí a los pobres desempleados [...] La recuperación gradual por parte del Estado [...] de su antiguo, indudable e inalienable dominio y única propiedad sobre todas las tierras, minas, tributos, pesquerías, etc., del Reino Unido y nuestras colonias; por lo mismo, serán poseídas por el Estado, como fideicomisario a perpetuidad, para todo el pueblo [...] Es obligación reconocida del Estado ayudar a todos sus súbditos que, por incapacidad o por alguna desgracia, son incapaces de procurarse su propia subsistencia².

En Francia, durante el mismo período, la democracia radical tomó una forma más extrema. Louis Blanc, uno de los primeros reformistas sociales, adoptó una posición muy cercana al socialismo revolucionario y lideró diversos levantamientos armados contra las autoridades gubernamentales. Louis Blanc, otro reformista social, se aproximó a posiciones cartistas. Creía que las reformas políticas eran esenciales, pero que era obligación del Estado salvaguardar el «derecho al trabajo». Urgió al gobierno para que creara talleres nacionales para emplear a los trabajadores, y creyó que esos talleres competirían con éxito con las empresas privadas. Con el paso del tiempo, la democracia radical en Francia se fue orientando progresivamente hacia las reformas económicas y sociales, especialmente después de 1848, cuando se introdujo el sufragio universal masculino, una de las principales exigencias. Esto elevó de la noche a la mañana el electorado de un cuarto de millón a nueve millones de votantes.

De este modo, muchos demócratas radicales se separaron de los liberales en la definición del núcleo económico y cuestionaron el modelo de capitalismo del *laissez-faire* tal y como había sido descrito por Adam Smith. Erán partidarios de utilizar el Estado para corregir algunos de los males e incertidumbres del mercado, pero fueron más allá de la mera búsqueda de medidas correctoras. Enfatizaron la importancia de objetivos sociales y colectivos que se podrían llevar a cabo mejor por medio de la acción colectiva (por ejemplo, estatal). Apoyaron una amplia intervención del Estado, no simplemente a través de las leyes, sino mediante la acción y la ejecución directa. No sólo se exigían leyes que regularan el trabajo de los niños, sino también su inspección y su cumplimiento; no sólo leyes de pobres destinadas a prestar auxilio, sino el funcionamiento real de talleres del Estado para dar empleo a los pobres. Demandaban que las autoridades públicas realizaran directamente la prestación de servicios sociales.

La mayor parte de los demócratas radicales, sin embargo, se detuvieron cerca del socialismo. Su postura era que el Estado debería actuar e intervenir en lo relativo a los principales servicios y necesidades sociales, aunque

sin llegar a la expropiación de la propiedad o a asumir directamente actividades económicas como la producción y el comercio. Apoyaban una regulación extensa y los controles directos esporádicos, pero no la socialización de los medios de producción.

Si situamos a los demócratas radicales en función de nuestros núcleos básicos del liberalismo, los encontramos fuertes en el núcleo político (apoyando totalmente el gobierno de la mayoría y la soberanía popular), fuertes en el núcleo moral, pero fieles sólo a unos pocos de los principios básicos definidos como el núcleo económico del primer liberalismo. En 1869, el político francés Jules Gambetta resumió el programa político de los demócratas radicales en su manifiesto de Belleville y, al mismo tiempo, insinuó la necesidad de una reforma económica:

Creo que no hay más soberano que el pueblo, y que el sufragio universal, el instrumento de su soberanía, no tiene ni valor ni fundamento a no ser que sea radicalmente libre.

Pidió

la aplicación más radical del sufragio universal: [...] que la ley protegiera [...] la libertad individual; [...] el juicio por jurado para todo tipo de ofensa política; la libertad de prensa total; [...] la libertad de reunión [...] con libertad para discutir todas las cuestiones religiosas, filosóficas, políticas y sociales; [...] la total libertad de asociación [...] la separación de la Iglesia y el Estado; la educación primaria libre, obligatoria y secular; [...] la supresión de los ejércitos permanentes; [...] y la abolición de privilegios y monopolios.

Demócratas radicales y liberales: la reconciliación

Con excepción de los que permanecieron apegados a la filosofía económica de Adam Smith, la mayoría de los liberales y de los que hemos denominado demócratas radicales llegaron gradualmente a un acuerdo. Los liberales han aceptado toda la lógica de la democracia. Hoy el sufragio se ha extendido en casi todas las democracias hasta comprender a todos los ciudadanos, hombres y mujeres, mayores de dieciocho años. Se han eliminado todas las múltiples restricciones del voto basadas en la alfabetización, la edad, la residencia, la renta, etc. Las limitaciones a las asambleas representativas prácticamente han desaparecido, salvo en los casos en los que el presidente también es elegido directamente por el pueblo. En todas las monarquías constitucionales existentes el monarca se ha convertido en una mera figura decorativa.

El pueblo fue movilizado en grandes partidos de masas y, en muchos países, estos partidos ejercen una influencia controladora sobre sus representantes. En algunos casos, la previsión del referéndum proporciona al

pueblo una medida adicional de democracia directa. Todos los liberales y demócratas han aceptado la democracia popular y el gobierno de la mayoría expresados por medio de elecciones directas a favor o en contra de los miembros y candidatos de los grandes partidos políticos nacionales como la fuente principal de la elaboración de las políticas. Al mismo tiempo, se ha reafirmado el núcleo moral del liberalismo en forma de derechos individuales y de las minorías.

También ha habido una reconciliación similar entre los demócratas radicales y los liberales en relación con los temas económicos. Los liberales, como otros muchos partidos, aun cuando se autodenominan conservadores, cada vez se han ido encontrando más de acuerdo. La intervención del Estado para apoyar las actividades económicas a través de los precios u otros controles se considera aceptable, y por medio de medidas directas e indirectas para estimular la actividad económica se estima, de nuevo, deseable; la regulación estatal de un número creciente de estas actividades económicas se ve como algo indispensable; la implicación directa del Estado para garantizar protección a los desempleados y su acción directa e indirecta para asegurar el empleo se dan ahora por sentadas en la mayoría de las democracias. Por consiguiente, las funciones del Estado no sólo se ven como un apoyo o como reguladoras, se han convertido en realidad en complementarias del sector privado. Éste es el Estado de bienestar al cual retornaremos.

El impulso socialista

El socialismo como filosofía de vida y esquema para la organización de la sociedad es tan viejo (quizás más) como la democracia o cualquier otra forma de organización social, económica o política. De hecho, algunos consideran que fue algo corriente en las sociedades primitivas, en las que se ha sugerido que la tierra era de propiedad colectiva.

El socialismo también representa una ética diametralmente opuesta a la de la propiedad y el beneficio privado y a las desigualdades a las que el mercado privado podía conducir. Es una ética de una sociedad igualitaria y libre, en la que las palabras «mío» y «tuyo» se han eliminado.

El socialismo utópico

Los socialistas utópicos, comenzando por Thomas More (1478-1535) y pasando por Francis Bacon (1561-1621) y Tommaso Campanella (1568-1639), hasta algunos de los socialistas utópicos franceses e ingleses más importantes del siglo XIX, compartieron una serie de ideas comunes.

1. Tenían aversión a la propiedad privada y a la explotación de los pobres por parte de los que poseían la riqueza, fuera ésta en tierras, comercial o industrial. «La propiedad es un robo» fue el breve aforismo del socialista francés Proudhon. El poeta romántico Shelley expresó estas creencias socialistas de principios del siglo XIX:

La semilla que sembráis, la cosecha otro,
la riqueza que encontráis, la guarda otro,
las togas que tejéis, las lleva otro,
las armas que forjáis, las porta otro.

2. Un compromiso apasionado con el colectivismo, la propiedad común de la riqueza que, por una parte, estaba basado en nociones sobre el comunismo primitivo y, por otra, en ideas de cooperación mutua y solidaridad social. Por tanto, se consideró que el socialismo era un modo de extirpar el conflicto, los antagonismos y el egoísmo. Los socialistas utópicos compartieron la nostálgica visión del pasado del poeta romano Virgilio:

No había cercas que separaran los campos, marcas o límites
que dividieran los acres del terreno en litigio;
todo era común.

En un famoso pasaje, Rousseau expresó pensamientos similares:

El primer hombre al que, después de haber cercado un trozo de terreno, se le ocurrió decir: *esto es mío*, y encontró gente lo suficientemente simple como para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Cuantos crímenes, cuántas guerras, cuántos asesinatos, cuántas desgracias y horrores habría ahorrado a la especie humana aquel hombre que, arrancando las estacas y llenando las zanjas, debiera haber gritado a los demás: ¡Cuidado con escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos de la tierra nos pertenecen a todos por igual, y la propia tierra a ninguno!¹

3. Una apasionada creencia en lo que podría llamarse «colectivismo social», que enfatizaba la interdependencia y la solidaridad de la vida social. La «naturalidad social» de hombres y mujeres, como lo contrario a la ética individualista o utilitarista. El comunitarismo era el valor supremo; se detestaban el individualismo, la competencia y el interés personal.

4. Entre los primeros socialistas utópicos existían opiniones divergentes sobre cómo lograr llevar a cabo el socialismo. Algunos creían en la violencia y en la revolución, aunque no dieron detalles; otros

en la persuasión y el ejemplo. Por poner un caso, el socialista británico Robert Owen (1771-1856) creó una fábrica textil ejemplar en Lanark (Escocia, en la que los salarios, las buenas condiciones de trabajo y la participación de los trabajadores en algunos de los beneficios se convertirían en un modelo para convencer a otros hombres de negocios de que les convenía seguir el mismo patrón. La mayoría de los socialistas utópicos, sin embargo, creía en la educación. Si los hombres y las mujeres fueran correctamente educados, optarían por el socialismo, y era tarea de los intelectuales proporcionar este tipo de educación.

5. Muchos, especialmente entre los socialistas utópicos franceses, eran lo que hoy llamaríamos ingenieros sociales. A su juicio, la sociedad debería ser controlada y manipulada de forma que, en condiciones adecuadas y con la organización social apropiada, los seres humanos podrían alcanzar la perfección moral y material.

La mayoría de los socialistas utópicos no eran demócratas. Aceptaron con la boca pequeña el núcleo moral del liberalismo, pero alegaron que los principios y las prácticas políticas y económicas liberales no podían llegar a crear un orden social justo. Primero, una élite (filósofos e intelectuales) debía imponer o inculcar por medio de la educación «una nueva ideología». Los socialistas utópicos nunca fueron capaces de crear un partido, ni siquiera un movimiento político, pero sus escritos tuvieron una profunda influencia en el desarrollo del pensamiento socialista.

El socialismo democrático

Ya hemos señalado que a finales del siglo XIX se produjo una reconciliación gradual entre los defensores del liberalismo y los demócratas radicales en torno a la democracia política. Una reconciliación similar también iba tomando cuerpo entre la democracia y el socialismo, que se desarrolló a lo largo del siglo XX y que explica lo que hoy es generalmente denominado *socialismo democrático*.

Los demócratas del siglo XIX defendieron la soberanía popular y el gobierno de la mayoría, aceptando a la vez los derechos individuales y civiles que hemos analizado como el núcleo moral del liberalismo. Esto marcó la pauta de la intervención del Estado para regular el mercado, corregir las disfunciones y proporcionar servicios sociales. Pero el socialismo, tal y como fue originalmente postulado por Marx y algunos socialistas utópicos, rechazó el núcleo político del liberalismo y apoyó la revolución. Sin embargo, hacia finales del siglo pasado, el marxismo revolucionario dejó paso al «revisionismo». En Francia, en Alemania, particularmente en Inglaterra, pero también en Bélgica, Holanda y los países escandinavos, los partidos

Sidney Webb (1859-1947) y Beatrice Webb (1858-1943)

Sidney Webb, un inglés de procedencia pequeño-burguesa, pasó más de diez años al servicio de la Oficina Colonial. En 1885 ingresó en la abogacía y en la Sociedad Fabiana, un grupo de socialistas británicos dedicados a la educación del pueblo británico en los principios socialistas. En 1889, Webb, junto a otros destacados fabianos como George Bernard Shaw y Graham Wallas, hicieron públicos los *Ensayos fabianos sobre el socialismo*, un libro que se convertiría en un clásico del pensamiento socialista no marxista. En 1887, Sidney Webb se casó con Beatrice Potter, una mujer con ideas similares. Ambos estuvieron muy involucrados en cuestiones sociales y en la formación del Partido Laborista británico. Sidney redactó el borrador de su manifiesto —*Trabajo y nuevo orden social*— que sirvió como programa para el partido en las elecciones de 1918, 1922 y 1924.

dad social como fuera posible. No tuvieron ningún tipo de consideración hacia el núcleo económico del liberalismo y defendieron una drástica revisión de la economía. Al hacerlo fueron bastante más allá de la simple regulación de la legislación social defendida por los demócratas radicales (y progresivamente aceptada por los liberales). Fueron partidarios de la abolición del sistema de propiedad y del sistema de libre empresa. Sin embargo, se declaró que el socialismo era una forma superior de individualismo: «el socialismo es solamente individualismo racionalizado, organizado, revestido y cuerdo»⁶.

Tabla 3.1 El aumento de votos del Partido Laborista

Elecciones generales	Escaños	Miembros elegidos	Votos laboristas
1900.....	15	2	62.698
1906.....	50	29	323.195
1910 (enero).....	78	40	505.690
1910 (diciembre).....	56	42	370.802
1918.....	361	57	2.444.945
1922.....	414	142	4.236.733
1923.....	427	191	4.348.379
1924.....	514	151	5.487.620
1945.....	640	393	11.632.891

socialistas comenzaron a aceptar progresivamente la lógica y las técnicas de la democracia. Modificaron sus objetivos para lograr producir el cambio social por medio de métodos políticos pacíficos y procedimientos democráticos establecidos. Y se comprometieron con el núcleo moral del liberalismo y su énfasis en los derechos individuales y civiles. Los socialistas comenzaron a considerar estos ideales como fines en sí mismos en lugar de como medios a utilizar para la conquista del poder. Se sintieron cada vez más atraídos por las políticas electorales, especialmente cuando los candidatos socialistas obtuvieron un apreciable número de votos en las elecciones. Comenzaron a concebir la democracia como el instrumento adecuado para el cambio y se percataron de que podrían sustituir la revolución y la fuerza por el proceso democrático.

Los fabianos

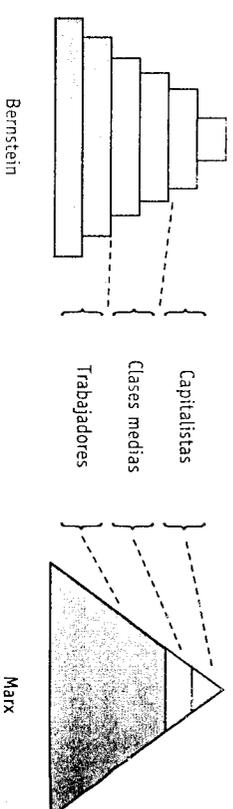
Hacia finales del siglo XIX, una serie de intelectuales hablaban, en Inglaterra, de socialismo. Los más importantes eran los fabianos (que tomaron su nombre del general romano Fabio, cuyas tácticas defensivas de «espera y observa» debilitaron gradualmente a las fuerzas invasoras de Aníbal hasta que fueron derrotadas). Los fabianos y la Sociedad Fabiana, que crearon en 1884, creían en tres fuerzas: el *tiempo*, que significaba que el socialismo llegaría de forma gradual; la *educación*, para persuadir a las élites y al pueblo de que el socialismo era un sistema superior, moral y económicamente, al capitalismo; y la *acción política* en el contexto de las instituciones democráticas y parlamentarias. Esto significó la formación de un partido socialista que presentaría su doctrina socialista a la gente para obtener su aprobación. No había ni siquiera una mención al uso de la fuerza y tampoco nada sobre la revolución; de hecho, la Biblia inspiró muchos de sus principios socialistas. El socialismo británico estaba impregnado de valores morales, igualitaristas y humanistas, y buscaba la dignidad humana y la libertad en una sociedad en la que el beneficio y el egoísmo se hubieran suprimido.

Los fundamentos filosóficos del socialismo fabiano se expusieron en los *Ensayos fabianos*, publicados en 1889. George Bernard Shaw, uno de los líderes del movimiento, escribió:

Fue en 1885, cuando la Sociedad Fabiana [...] estableció [...] dos objetivos firmes: primero, proporcionar un programa parlamentario para un primer ministro convertido al socialismo [...] y, segundo, hacer que ser socialista sea algo tan fácil y común para el respetable ciudadano inglés medio.

Los fabianos apoyaron la socialización de los medios de producción, los controles del Estado y extensas medidas sociales para alcanzar tanta igual-

Figura 3.1 El esquema de Bernstein de la sociedad capitalista (izquierda) comparado con el de Marx (derecha)



A comienzos de este siglo, en 1901, los fabianos y los líderes de los principales sindicatos británicos formaron el Partido Laborista y, alrededor de 1906, presentaban sus propios candidatos independientes en las elecciones. Ese mismo año obtuvieron 323.195 votos y se aseguraron veintinueve escaños en la Cámara de los Comunes. El socialismo había empezado a adquirir la respetabilidad que los fabianos querían darle (tabla 3.1).

En 1918, los intelectuales fabianos proporcionaron un programa definitivo al Partido Laborista. El partido declaró la necesidad de

la construcción gradual de un nuevo orden social que no este basado en el conflicto interno, la desigualdad de los ricos, y el dominio sobre las clases, las razas o el sexo sometidos, sino en la cooperación deliberadamente planificada para producir y distribuir, el acercamiento cordial a una sana igualdad, la participación lo más extensa posible en el poder político y económico, y la conciencia generalizada del consentimiento que caracteriza a una verdadera democracia⁷.

El Partido Laborista refrendó explícitamente y con orgullo el socialismo, para

asegurar a los productores manuales o intelectuales el fruto total de su industria y la distribución más igualitaria que pudiera ser posible *sobre la base de la propiedad común de los medios de producción* y el mejor sistema de administración y control popular que se pudiera conseguir en cada industria y servicio [énfasis añadido]⁸.

El revisionismo europeo

En Europa Occidental el marxismo revolucionario siguió siendo la fuerza intelectual dominante y la inspiración de los movimientos socialistas de la clase trabajadora, pero a finales del siglo XIX, el socialismo democrático (en nombre del «revisionismo») comenzó a ganar a su rival.

El revisionismo se convirtió en un movimiento ideológico definido, basado en los trabajos de Eduard Bernstein —un socialista alemán que presentó la crítica más completa de Marx y el marxismo—, quien señaló que:

1. El sistema capitalista liberal no estaba al borde del colapso, como había previsto Marx.
2. El número de capitalistas y propietarios estaba aumentando de forma incuestionable, en vez de disminuir tal y como la teoría marxista había estipulado que haría. Gracias a las sociedades anónimas y a la Bolsa hubo más personas que comenzaron a «poseer» propiedad en forma de acciones.
3. La economía capitalista estaba generando una cantidad cada vez mayor de trabajos a medida que la producción se volvía más espe-

cializada. De hecho, las clases medias estaban aumentando y transformando su carácter. Ya no estaban formadas por propietarios, como en el pasado, sino por el nuevo personal asalariado: técnicos, ingenieros, personal administrativo y de servicios, funcionarios, profesionales liberales, profesores, etc. Por consiguiente, en lugar de una pirámide con una amplia base y un vértice agudo, la estructura de una clase cambiante bajo el capitalismo liberal comenzaba a parecerse a una pirámide escalonada en la que se superponían bloques de anchura decreciente.

Según Bernstein, la estructura de clases se podría esquematizar, como se muestra en la figura 3.1, como una pirámide escalonada formada por muchos estratos intermedios. Esto iba en contra de la visión de Marx, que representaba a la sociedad como una pirámide con los lados lisos y la clase capitalista situada en el vértice.

4. Como las sociedades se democratizaban, permitiendo el sufragio igual y universal, y las libertades asociativas y la formación de partidos políticos, los poderosos partidos de las clases trabajadoras podrían hacerse con el poder político frente a la clase capitalista, usar el Estado como instrumento para su propia protección y asegurar una mejor distribución de bienes y servicios. Esto se llevaría a cabo mediante la legislación y las nacionalizaciones. Bernstein consideró que Marx había subestimado seriamente las capacidades del Estado democrático para intervenir en beneficio de los trabajadores y los menos privilegiados.

A la luz de estas observaciones, Bernstein concluyó que era *El socialismo evolucionista* (el título de su libro, publicado en 1899, diez años después de que se publicaran los *Ensayos fabianos*) y no el socialismo revolucionario el que iba a adquirir supremacía. El desarrollo del socialismo pasó a darse a etapa por etapa por lo que desplazaría gradualmente al capitalismo.

Tabla 3.2 La fuerza de los socialdemócratas alemanes^a

	Escaños en el Parlamento (Reichstag)	
	Votos	
1890.....	1.427.298	35
1893.....	1.786.738	44
1898.....	2.107.076	56
1903.....	3.010.771	81
1907.....	3.259.029	43
1912.....	4.250.401	110
1919.....	13.000.000	177
1920.....	11.100.000	184
1924.....	6.008.900	100
1928.....	9.153.000	153
1933 ^b	7.181.000	120

^a Desde 1949, cuando se creó la República Federal de Alemania, el partido ha tenido un promedio de cerca del 37 por ciento de los votos.

^b La última elección relativamente libre antes de que Hitler asumiera el control total.

El análisis de Bernstein fue convincente. Los partidos socialistas adoptaron paulatinamente el revisionismo y se abandonó el socialismo revolucionario y sus tácticas. El socialismo se convirtió en sinónimo de socialismo democrático.

Aceptó el gobierno parlamentario las elecciones e hizo hincapié, casi exclusivamente, en la actividad política dentro del marco de la legalidad y de la democracia burguesa. Esto significó el abandono de la lucha de clases revolucionaria. Los trabajadores se dedicarían a mejorar sus condiciones de trabajo, sus pensiones y sus salarios dentro de la economía capitalista, y a asegurarse de que a ellos y a sus familias les correspondiera una mayor parte de la riqueza nacional. Los sindicatos y la acción política democrática se convertirían en los instrumentos para llevar a cabo dichas tareas.

Los movimientos y partidos socialistas en Europa, por tanto, empezaron a adoptar posiciones próximas al Partido Laborista británico. También ellos aceptaron la lógica de la democracia y comenzaron a confiar cada vez más en las elecciones, en los votos y en la conquista del poder político a través de elecciones. Al hacerlo reifrondaron totalmente los núcleos moral y político del liberalismo, pero siguieron siendo hostiles con la propiedad privada y la economía de mercado, prometiendo la socialización de los medios de producción cuando consiguieran el poder total. Pero, como sucedió con el Partido Laborista británico, su enfoque fue volviéndose gradualista, incluso ecléctico y pragmático. Los socialistas continentales, especialmente los socialdemócratas alemanes (tabla 3.2), comenzaron a proponer únicamente medidas específicas y selectivas: negociando principalmente con las grandes industrias. A los pequeños comerciantes, productores, granjeros y también a muchas grandes compañías y grupos industriales se les permitiría operar por su cuenta.

El revisionismo movilizó así a un alto porcentaje de trabajadores para apoyar el cambio democrático y les convenció (aunque no siempre totalmente) de que podrían promover y defender sus intereses dentro de las instituciones políticas democráticas. El socialismo, como tal, siguió siendo el fin último y se esperaba que los poderosos partidos socialistas, respaldados por el voto de los trabajadores, presionaran o adoptarían medidas de conjunto para lograr el bienestar de éstos. Aun cuando los partidos socialistas no obtuvieran una mayoría, podrían tener un gran peso dentro de las asambleas representativas e influir directamente en los gobiernos, para que adoptaran medidas para favorecer a las clases trabajadoras. Amplias reformas educativas, seguros de salud, accidentes y desempleo; jubilaciones; vacaciones pagadas; reducción de horas de trabajo; licencias remuneradas; negociaciones colectivas; protección social para los pobres y los incapacitados; trabajo público; reformas en las políticas impositivas a favor de los grupos de rentas más bajas y, de forma progresiva, impuestos más altos sobre las rentas medias y altas; todas ellas fueron medidas esenciales y beneficiosas para mejorar las condiciones de los trabajadores dentro del amplio marco del ca-

pitalismo y de la democracia. Las nacionalizaciones podrían esperar o llevarse a cabo de forma selectiva en condiciones políticas y económicas propicias. Poco a poco se fue desarrollando un consenso sobre la aceptación del Estado de bienestar y la economía mixta, que combinaba los controles económicos y los servicios sociales del Estado con la economía de mercado.

La reforma del capitalismo

Los esfuerzos para reformar el capitalismo vinieron de diversas fuentes no socialistas. La premisa de un libre mercado y de un mecanismo de precios que reflejara la ley de la oferta y la demanda fue cediendo paso gradualmente a la legislación reguladora. Cuestiones primordiales relacionadas con la salud, la educación, el desempleo y la pobreza así lo exigían. Las fluctuaciones de precios salvajes en el mercado requerían controles, especialmente cuando afectaban a los precios de los productos esenciales como la comida y el alojamiento. Había que ocuparse de los monopolios, que otorgaban a los propietarios privados el control de los artículos de primera necesidad y, por tanto, la libertad de ajustar los precios para satisfacer el insaciable afán de lucro. Poco a poco, el liberalismo económico fue experimentando importantes reformas, especialmente durante el siglo XX.

La economía keynesiana

La confianza en el funcionamiento automático del mercado —para ajustar precios, ahorro y empleo— se reconsideró seriamente gracias a las intuiciones teóricas del economista inglés John Maynard Keynes (1883-1946). De acuerdo con Keynes, el mercado por sí mismo no podía proporcionar una plena utilización de los recursos, por lo que el Estado debería participar a través de controles indirectos.

Aumentando el flujo de dinero y disminuyendo los tipos de interés podría haber inversiones renovadas, que aumentarían hasta desembocar en la creación de nuevos puestos de trabajo y, por tanto, de mayores rentas para estimular nuevas demandas. Así se absorbería el desempleo y se daría una plena utilización de los recursos. En este proceso, las presiones inflacionistas se evitarían con medidas impositivas adecuadas. De esta forma, el capitalismo sería reformado y salvado a un tiempo. Las autoridades públicas se convertirían en su ángel guardián y no se exigirían modificaciones estructurales que afectarían a los derechos de propiedad, las libertades e incentivos empresariales, o la planificación estatal en la distribución de recursos o en la determinación de los precios. A partir de la década de los años treinta, el «keynesianismo» se tradujo en la adopción de políticas públicas por parte de diversos países, incluida la Alemania nazi y Estados Unidos, especialmente a través del desarrollo de proyectos de obras públicas, del gasto público y, en general, de una política fiscal que admita la financiación deficitaria. Cuando hablamos del «capitalismo» en la actualidad, casi siempre tenemos en mente el capitalismo reformado, en el que las autoridades públicas, mediante la política fiscal y el gasto, desempeñan un papel determinante en el mercado.

El Estado de bienestar

El Estado de bienestar —el complejo de servicios y retribuciones públicas que corresponde a la «ayuda social»— se convirtió en el principal instrumento para asegurar los derechos económicos y sociales. La propia magnitud de estas ayudas es sorprendente. A final de la década de los setenta, los pagos totales del Estado a los individuos de forma diversa y a través de distintos servicios, venía a ser, desde el 19 por ciento del producto nacional bruto en Estados Unidos, hasta tanto como el 40 o el 60 por ciento en países como Francia o Suecia.

En todas las democracias contemporáneas, el crecimiento de los derechos sociales y económicos exige una serie de elecciones, y eso es en lo que consisten las políticas públicas. ¿Qué servicios deberían asegurarse a todo el mundo? ¿Qué grupos merecen un atención especial? ¿Cuáles son los límites más allá de los cuales la pobreza existe y debería ser evitada? Es

John Maynard Keynes (1883-1946)

Considerado por muchos como el más importante economista del siglo XX, Keynes cuestionó la suposición fundamental de los economistas clásicos respecto a la autonomía de las «leyes económicas» y abrió la puerta a la intervención indirecta del Estado. Tanto en su *Tratado sobre el dinero* (2 volúmenes, 1930) como en su *Teoría general sobre el empleo, el interés y el dinero* (1936), Keynes enfatizó la importancia de la política monetaria para asegurar la plena utilización de todos los recursos, incluida la fuerza de trabajo. Mediante la manipulación del volumen del dinero y de los tipos de interés a través de un banco central, el gobierno podría estimular la inversión y el empleo (o, si fuera necesario, evitar la inflación). Bajando los tipos de interés, por ejemplo, podría estimular la inversión, la producción y el empleo. Si esto fallaba, y Keynes estaba particularmente preocupado por el desempleo en los años de la Gran Depresión, el gobierno podría estimular la demanda mediante «obras públicas», que sencillamente pondrían dinero en muchos bolsillos y así estimularían la demanda, que a su vez estimularía la inversión y la producción. No fue un socialista; simplemente proporcionó la mejor cura para una economía de mercado aquejada de problemas.

una larga lista, pero, por lo general, la mayoría de los regímenes democráticos han seguido una ruta similar a la hora de determinar las elecciones prioritarias. Encabezan la lista los niños y la educación, garantizándose los servicios educativos mínimos. Sin embargo, con el constante crecimiento de las necesidades de educación, en algunos países se añadió una educación universitaria gratuita, siendo los Estados Unidos el primero en hacerlo.

Los siguientes son las personas de edad, con énfasis en las pensiones. Hoy en muchos países el límite de edad para la jubilación está fijado en los sesenta años para las mujeres y sesenta y dos para los hombres.

El tercer paso llegó con la legislación que exigía al Estado que asegurara el empleo o que cubriera el desempleo mediante prestaciones especiales (el seguro de desempleo). En la actualidad se financia mediante contribuciones obligatorias y fondos públicos, y los subsidios públicos han aumentado de forma progresiva. En Europa, después de la Segunda Guerra Mundial, se desarrolló un esquema global, que aseguró cuotas uniformes y niveles de renta mínimos. En Estados Unidos, desde la *Social Security Act* de 1935, se ha incorporado un número creciente de trabajadores, las contribuciones han aumentado progresivamente y los beneficios se han incrementado.

La asistencia sanitaria fue el cuarto paso. Al principio fue prestada por organizaciones privadas y religiosas, pero ha sido progresivamente asumida

por el Estado a través de programas de seguros o mediante pagos y servicios directos. Alemania fue el primer país que desarrolló un programa de salud a nivel nacional aun antes del cambio de siglo. Inglaterra le siguió a comienzos del siglo XX y, en 1948, introdujo un programa más completo de asistencia médica: nacionalizó todos los servicios de salud y hospitales e incorporó a casi todos los médicos al Servicio Sanitario Nacional. La asistencia sanitaria se hizo gratuita, un derecho de todos los ciudadanos. En Suecia, es obligatorio un plan de seguro sanitario, y cada ciudadano recibe asistencia sanitaria libre de cargas. En Francia, los gastos médicos se cubren mediante un sistema que combina un seguro pagado por los individuos con el pago directo de los empleadores y el Estado. En Estados Unidos, los programas sanitarios sólo cubren directamente a los ciudadanos después de los sesenta y cinco años.

Aunque la cobertura de la educación, la salud, la jubilación y el desempleo proporciona algunas salvaguardias frente a costes inasequibles, la llamada red protectora en Estados Unidos está llena de agujeros. A pesar de esta renta suplementaria, hay millones de personas que se encuentran faltos de una renta adecuada: son los pobres. Para tapar estos agujeros y mantener a los pobres se crearon en todas partes los salarios de subsistencia y los programas de asistencia pública. Su objetivo era aumentar la renta mínima hasta niveles tolerables. Los salarios mínimos se han convertido en objeto de las políticas públicas, y la mayoría de los regímenes democráticos han establecido un umbral mínimo por debajo del cual no pueden caer los salarios. Pero con una familia que mantener, el salario mínimo es a menudo insuficiente.

Para aumentar la renta familiar se utilizan diversos programas para aumentar los ingresos familiares: exenciones de impuestos, prestaciones especiales en forma de pagos en metálico, los alquileres subvencionados, bonos de comidas, asignaciones especiales por hijos, centros de asistencia de día para madres trabajadoras, comedores escolares, prestaciones por maternidad y toda una serie de servicios gratuitos.

Los programas de asistencia pública y los tratos y pagos especiales que están relacionados con ellos están dirigidos a segmentos particulares de la sociedad. Aunque estos programas también varían de un país a otro, casi siempre están disponibles, por lo menos durante un tiempo dado. Sin embargo, su objetivo es proporcionar a las familias una renta mínima, no igualar las rentas, aunque disminuyan la distancia entre ricos y pobres. Todo lo que cabe esperar es seguridad y a menudo un pequeño colchón de subsistencia.

La economía mixta

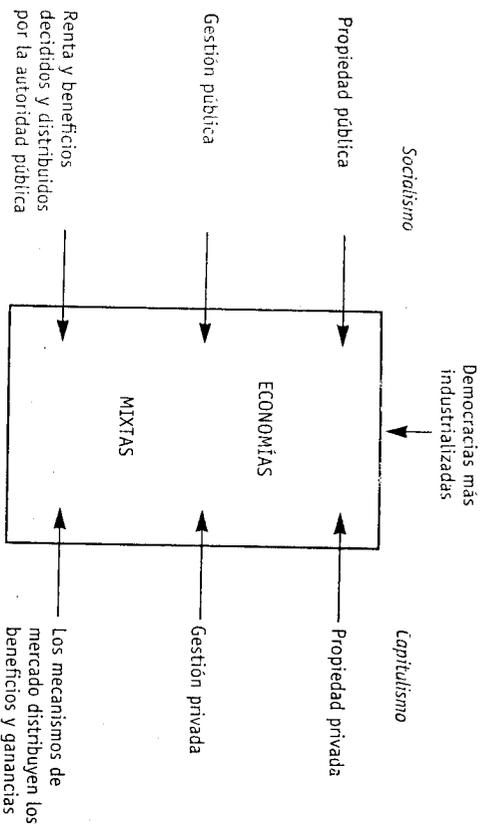
Como hemos visto, el capitalismo es un sistema de organización social en el que los medios de producción son controlados por personas y empresas privadas, que adoptan todas las decisiones sobre cómo y qué producir y cómo deben ser distribuidos los beneficios. En claro contraste, el socialismo exige que todas las decisiones sobre la producción, la distribución y los beneficios sean tomadas por empresas de propiedad y gestión pública. Naturalmente, esto son sólo definiciones, «tipos ideales». Cuando parte de la propiedad, la dirección y la toma de decisiones están en manos del Estado y parte en manos de personas o empresas privadas, tenemos lo que se denomina una economía mixta.

Casi todas las llamadas economías capitalistas de libre mercado, incluido Estados Unidos y Japón, son economías mixtas. El Estado desempeña un papel fundamental, aun cuando no posea ningún medio de producción, lo que no sucede a menudo, decidiendo qué y cuánto se producirá, cómo se realizará la distribución de beneficios y cuáles serán éstos.

El Estado fomenta enormemente las operaciones comerciales y proporciona una gran cantidad de servicios (por ejemplo, construcción de autopistas y aeropuertos, control de tráfico aéreo, inspección médica y vacunación, etc.). En todas las democracias capitalistas el Estado es un importante empleador, pues proporciona trabajo a entre el 15 y el 30 por ciento de los que tienen un empleo remunerado; es el mayor contratista de bienes y servicios, y es el que más gasta. En todos estos gobiernos, el Estado desempeña un papel crítico en la determinación de los servicios y de las prestaciones. Y esto no ha variado de forma apreciable en la última década ni en Inglaterra ni en Estados Unidos. De modo similar, particularmente en Francia, a pesar de las privatizaciones de muchas empresas socializadas, el Estado participa directa o indirectamente en su funcionamiento. En Italia, Japón y Alemania muchas de las principales empresas industriales operan bajo el control de bancos de propiedad estatal o bajo el paraguas de organizaciones financieras e industriales semipúblicas a través de las cuales se realizan políticas de inversión y producción. En otras palabras, el capitalismo tal y como evolucionó en Europa y en todos lados ha incorporado poderosos ingredientes de estatismo y socialismo. De forma no tan casual, se ha desarrollado una especie de «capitalismo popular» en el que los trabajadores poseen acciones a través de sus fondos de pensiones y de acuerdos con sus empleadores sobre participación en los beneficios.

¿Hasta qué punto es mixta una economía mixta? Quanto mayor sea la parte de la economía poseída por empresas individuales que toman las decisiones sobre la producción y la distribución de beneficios, más nos movemos hacia el capitalismo, y viceversa (figuras 3.2 y 3.3). En la mayor parte de las economías capitalistas la «mezcla» está ahí. Para hacernos una idea, en los siete países más grandes de la OCDE, actualmente el gasto público

Figura 3.2 La mezcla de socialismo y capitalismo



es aproximadamente el 39 por ciento del producto nacional bruto (PNB); en 1960 era sólo el 29 por ciento. El Estado obtiene el siguiente porcentaje del PNB mediante impuestos: Suecia, 57 por ciento; Francia, 43 por ciento; Gran Bretaña, 39 por ciento; Italia, 38 por ciento; Japón y Estados Unidos, cerca del 30 por ciento. En muchos de estos países importantes áreas de actividad económica —transporte público, incluidas las líneas aéreas, la electricidad y el gas, la energía nuclear, el acero— o son de propiedad pública y están intervenidas por el Estado, o están subvencionadas por éste.

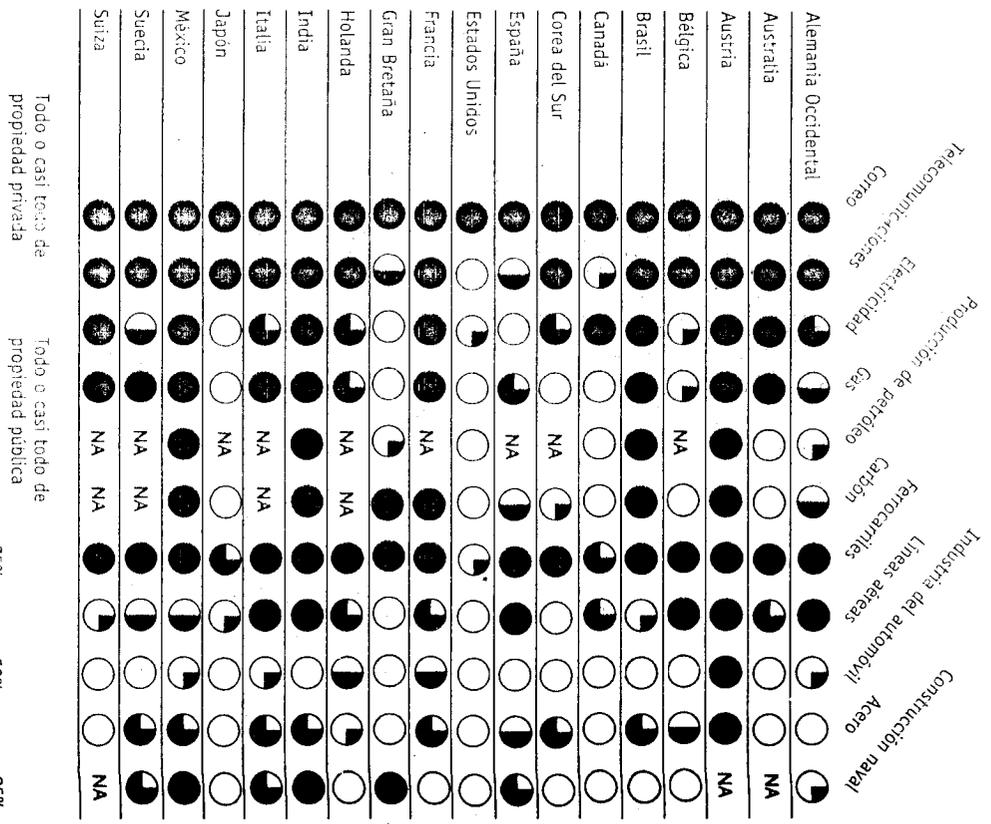
Para muchos, el Estado de bienestar y el crecimiento de las economías mixtas representó una síntesis que ha puesto fin a los enconados conflictos entre el capital y el trabajo y ha trascendido las batallas ideológicas entre los socialistas, por un lado, y los liberales y conservadores, por otro. Esta tendencia fue una de las razones que indujeron al destacado sociólogo Daniel Bell a anunciar el fin de las ideologías a principio de la década de los cincuenta.

¿Vuelta al capitalismo?

Algunas tendencias recientes

La democracia, el liberalismo, la democracia radical, el socialismo democrático, el Estado de bienestar: en olas sucesivas, durante del siglo XIX e incluso el XX, estos movimientos han creado un nuevo consenso. Su principal rasgo ha sido la reconciliación de los derechos y libertades individuales y

Figura 3.3 La extensión de la propiedad del Estado



* Incluido Corrali.
NA - No aplicable o producción insignificante

Esta tabla apareció en *The Economist* (30 de diciembre de 1978). He adaptado la tabla original para incluir las principales privatizaciones que tuvieron lugar en Gran Bretaña en los años ochenta, se privatizaron: la industria ferroviaria, el petróleo, Jaguar, las telecomunicaciones, Rolls Royce, British Airways y British Steel. En Francia, después de una ola de nacionalizaciones durante 1981-1982, los principales sectores de la economía se desnacionalizaron en 1988. Al final, los 30 bancos e industrias más importantes, entre ellas, los ferrocarriles y compañías privadas. Así, la economía francesa se estaba convirtiendo efímeramente en una economía de libre mercado. En toda Europa del Este han estado lugar amplias privatizaciones. En Italia, Suecia, España, Austria y Brasil, se están llevando a cabo en la actualidad, mientras que en China se han establecido zonas de libre mercado y se ha liberado a los agricultores de los controles del Estado. Reproducido con autorización.

políticas con la intervención directa del Estado en la economía y en la prestación de servicios sociales.

El concepto del triple núcleo del liberalismo nos ayuda a identificar el consenso. El primer liberalismo subrayó la importancia de los derechos personales y civiles, el núcleo moral. Lo conservó la democracia, que además expandió el núcleo político del liberalismo institucionalizando el mayoritarismo, organizando partidos políticos, eliminando las restricciones del votar y minimizando las limitaciones al poder de las asambleas representativas. El socialismo mantuvo el respeto por los derechos individuales y civiles (el núcleo moral), aceptó el núcleo político e introdujo de lleno la cuestión de la globalidad de los controles económicos y de los servicios sociales. Es la esencia del Estado de bienestar. Este consenso es el que está comenzando a debilitarse con el renacer del capitalismo.

Inspirados por algunos de los trabajos de F. A. Hayek, Ludwig von Mises y más recientemente Milton Friedman, los «neoliberales» o los «conservadores neoliberales», como se les denomina a menudo, replantean convincentemente los principios del primer liberalismo económico que analizamos en el capítulo 2. Sostienen que las libertades políticas, morales y económicas, los tres núcleos del liberalismo, están inextricable y orgánicamente unidos; que estas libertades son interdependientes. Los controles económicos del Estado inevitablemente invitan al control político que conduce a un sistema autoritario de gobierno.

William Buckley, haciendo hincapié en el capitalismo como ideología, establece la conexión entre las libertades económicas y las políticas:

La libertad económica es la libertad temporal más preciosa, por la razón de que sólo ella nos da soberanía a cada uno de nosotros, en nuestras idas y venidas en nuestra compleja sociedad, y sobre aquella parte de la existencia en la que, con mucho, se deben realizar la mayoría de las elecciones, y en la que es posible elegir lo que concierne a uno mismo sin dañar a otras personas. Y por otra razón más: la de que sin la libertad económica nos quitarían igualmente la libertad política y otras libertades.¹⁰

Los argumentos presentados por los neoliberales son claros y directos: la burocracia conduce a la ineficiencia; los controles y regulaciones del Estado sofocan la competencia y son poco económicos porque incrementan los costes de producción. Mas aún, nos volvemos dependientes de servicios burocráticos e impersonales de los que nadie se responsabiliza. En 1946, F. A. Hayek, profesor de economía de la Universidad de Chicago, escribió *Caminos de servidumbre*, en el que hacía sonar la alarma. Argumentaba que la intervención del Estado y la planificación económica y el final de las libertades económicas individuales darían como resultado la degradación moral de todos y también la pérdida final de nuestras libertades políticas. El Estado burocrático eligiría por nosotros: qué producir y qué consumir,

dónde trabajar y dónde vivir, qué ingresos conseguir, etc. Buckley repite la misma idea:

Lo que todos los conservadores en este país temen, y tienen toda la razón para temer, es la pérdida de la libertad por desgracia. Por consiguiente, debemos resistir cada uno de los incrementos de poder por parte del Estado, tanto por las razones más realistas como por las de principio.¹¹

Buckley proporciona la siguiente lista de detalles:

mantener y, siempre que fuese posible, aumentar la libertad de los individuos para adquirir propiedad y disponer de ella del modo que decidan. Ocuparse del paro eliminando el monopolio de los sindicatos, el trabajo sobredimensionado y la falta de flexibilidad del mercado de trabajo, y estar preparados, donde persista el desempleo residual, para hacerle frente localmente, depositando la responsabilidad política y humanitaria en la unidad política más inferior posible.¹²

En la última década, nadie ha expresado mejor la postura de los neoliberales que el premio Nobel y economista Milton I. Friedman. Uno de sus libros, *Libre para elegir* (escrito en colaboración con su mujer, Rose), popularizó los argumentos básicos contra la intervención del Estado en la economía y la creencia de que ello conduciría inevitablemente a establecer controles que socavarían la autonomía moral de los individuos y erosionarían las libertades políticas.

Junto a la posición de los neoliberales ha ganado terreno un segundo argumento importante que tiene que ver con la eficiencia de una economía de libre mercado, en la cual reinan la competencia y la libre empresa y las decisiones económicas se adoptan en el mercado. Es un argumento que ha adquirido fuerza por dos razones. Primera, la crisis económica en muchas de las democracias de libre mercado en la década de los años setenta —con paro, inflación y crecientes bajas tasas de crecimiento— se atribuyó a la regulación del Estado, al crecimiento exorbitante del Estado de bienestar y al gasto de los gobiernos que no estimuló la economía, como Keynes lo había hecho. Por el contrario, el Estado, sin tener en cuenta el «*establishment de Defensa*», creó una enorme burocracia, para la que se desviaron recursos y dependientes de esta burocracia había ahora un creciente número de receptores de los servicios sociales. Segunda, la década de los ochenta fue testigo del caos en las «economías dirigidas» socialistas del este de Europa, la Unión Soviética y China, donde se habían socializado los medios de producción y el Estado se había convertido virtualmente en el único administrador. Esta creciente desorganización en las economías socialistas reforzó los argumentos de los que apoyaban una vuelta al capitalismo. Sin propiedad individual ligada a la responsabilidad y al riesgo, y sin un mercado que reflejara adecuadamente las demandas de los consumidores y regulara los

precios, sus economías, se alegraba, habían entrado en un período de estancamiento crónico, peor aún que el del capitalismo durante la Gran Depresión de la década de los treinta. Estas crisis económicas también debilitaron los incentivos y motivaciones privadas, ocasionando lo que algunos denominaron (un «détarage igualitario»). Sin embargo, a diferencia de la Gran Depresión, fue un colapso sistémico, y las economías socialistas fueron incapaces de proporcionar la simiente de su recuperación.

El capitalismo, por tanto, se convirtió simultáneamente en el grito de batalla contra la economía mixta y el Estado de bienestar en muchas democracias industrializadas, y en la ideología guía para muchos países del este de Europa e incluso de la Unión Soviética que buscaban la reforma económica y política. Para las democracias industrializadas, el Estado debía ser puesto en su sitio; para los europeos del Este y los soviéticos, debía ser totalmente revisado y democratizado obligándole a devolver la economía que se había tragado sin estar capacitado para digerirla.

El resurgir del capitalismo está asociado a los años de la presidencia de Reagan (1980-1988), el gobierno de Margaret Thatcher en Inglaterra (1979-1990), y el sorprendente giro del Partido Socialista francés entre 1982 y 1983. En el primer caso, la ideología reaganiana fue antiestatista y contraria al Estado de bienestar, y enfatizó la desregulación y la llamada «economía de la oferta», por la cual el Estado proporciona ventajas y exenciones a quienes poseen los medios de producción en lugar de ayudar al consumidor y estimular la demanda de éstos. El segundo ejemplo, en Inglaterra, adoptó la forma de privatizaciones generalizadas y esfuerzos (no siempre exitosos) para reducir el gasto y las prestaciones sociales. El tercer caso, en Francia, fue aún más espectacular. El gobierno socialista francés abandonó el socialismo y la socialización de los principales sectores de la economía en beneficio de una vuelta, primero, a formas indirectas de privatización de sectores de la economía socializados y, después, a una aceptación total del libre mercado.

En el este de Europa y en la antigua Unión Soviética, se hizo manifiesto el mismo fenómeno. El Estado comenzó a privatizar vendiendo los sectores y las empresas nacionalizados, legalizando la propiedad privada e intentando liberar al mercado de los subsidios estatales y el control de los precios. Ha sido un proceso que conecta el retorno del libre mercado y el afán de luchar con la restauración de la democracia política.

Los partidos políticos y el giro hacia el capitalismo

En todos los países se ha dado un paso hacia el capitalismo y esto se refleja en el giro en el programa y en las ideologías de los partidos políticos. Desde los partidos comunistas, excepto algunos intransigentes, hasta el Partido Conservador británico y otros partidos conservadores, todos se han dirigi-

do, algunos con más firmeza que otros, desde el socialismo, la economía mixta y el gasto social a las privatizaciones, el libre mercado y el liberalismo económico.

Los partidos comunistas

Antes incluso de la caída de la Unión Soviética, los partidos comunistas de todas las democracias industrializadas habían experimentado una importante transformación. Abandonaron su rígido compromiso con la socialización de los medios de producción y, en algunos casos, como en Italia y España, comenzaron a apoyar las privatizaciones de sectores nacionalizados. También renunciaron a su obligación con la lucha de clases y la revolución. En lugar de ello, aceptaron la democracia, el gobierno de la mayoría y las elecciones periódicas. A efectos prácticos, se convirtieron en partidos reformistas, y el Partido Comunista Italiano mostró el camino a seguir al cambiar su nombre por el de Partido Democrático de la Izquierda.

A pesar de estos esfuerzos por redefinirse a sí mismos, los partidos comunistas de Europa occidental están luchando sólo para seguir existiendo. Cuando doblaron las campañas por los partidos comunistas de Europa del Este, podría haberse firmado también la sentencia de muerte para sus homólogos occidentales. O eso es lo que parecía sugerir la caída en picado del voto popular para los partidos comunistas en países como Francia y España.

Los partidos socialistas

Desde final de la Segunda Guerra Mundial y con mayor rapidez en la última década, casi todos los partidos socialistas abandonaron sus principios originales y empezaron a refrendar el libre mercado. Continúan defendiendo los controles del Estado, pero sólo cuando el mercado no puede proporcionar los servicios necesarios. El Partido Laborista británico, los socialdemócratas alemanes y los socialistas franceses han renunciado al principio básico del socialismo: la nacionalización de la economía. Después de que el Partido Laborista instituyera la primera nacionalización (1945-1951), durante la cual se nacionalizaron las minas de carbón, los ferrocarriles, la electricidad, el gas, el hierro y el acero, el énfasis se situó en la legislación social, en una política de equiparación de rentas y en los esfuerzos para satisfacer las demandas de los sindicatos y detener la inflación. La reconstrucción de la economía para mantener la posición competitiva de la Gran Bretaña en la economía mundial se convirtió en el objetivo principal. Hoy el Partido Laborista está dividido, pero el ala moderada está ganando terreno. Está comenzando a apelar de nuevo a las clases medias como un partido reformista que acepta el libre mercado aunque continúa apoyando las políticas sociales.

En Alemania, los socialdemócratas abandonaron su compromiso con la socialización ya en 1959 en el Congreso de Bad Godesberg con el eslogan: «Estado siempre que sea necesario, libertad siempre que sea posible». Ya en el poder, los socialdemócratas alemanes no emprendieron ninguna reforma estructural importante de la economía. Sin embargo, introdujeron legislación social y mantuvieron una política de salarios que favoreció a los trabajadores; algo que fue posible gracias a la sorprendente fuerza y competitividad de la industria alemana. Pero perdieron las elecciones en 1983, en 1987 y de nuevo en 1990.

Quizás nada ilustra mejor los apuros del socialismo que el auge y caída del socialismo francés. El Partido Socialista Francés llegó al poder en mayo de 1981, con la elección de un presidente socialista y con una mayoría socialista en la Asamblea Nacional. Con celeridad y una gran entrega ideológica procedieron a la puesta en marcha del programa socialista: la nacionalización de todos los bancos y de la mayoría de los principales sectores industriales, y el reforzamiento de los programas sociales. Se incrementaron las prestaciones de salud, jubilación y desempleo; se ampliaron las vacaciones pagadas a los trabajadores a cinco semanas; se subieron los salarios y se estipuló una jubilación más temprana. Lo que pretendían estas reformas era lograr lo que casi todos los partidos socialistas europeos, incluido el Partido Laborista británico, habían renunciado a conseguir. Sin embargo, hacia 1983, los socialistas franceses abandonaron su plan ante el creciente desempleo, los altos déficits presupuestarios, un déficit comercial creciente, una alta tasa de inflación y una opinión pública negativa. Comenzaron a volverse hacia el sector privado y a privatizar gradualmente las empresas que habían nacionalizado, muchas de las cuales mostraban déficits. De la gestión pública pasaron a la iniciativa empresarial privada. En las elecciones de marzo de 1986, los partidos conservadores y centristas fueron los que obtuvieron la mayoría en la Asamblea Nacional y procedieron a privatizar diversas empresas, con activos de cerca de veinte mil millones de dólares. Cuando el presidente socialista François Mitterrand fue reelegido en 1988, prometió no volver a nacionalizar, pero también no permitir ninguna privatización más. Sin embargo, a comienzos de 1991, todas las empresas nacionalizadas más importantes fueron autorizadas a sacar capital al mercado privado en forma de acciones y bonos. El Estado continuaría poseyendo el 51 por ciento de los activos, manteniendo así técnicamente el control. Pero, de hecho, la economía francesa se estaba volviendo «mixta», orientándose hacia el libre mercado.

El futuro del socialismo

Parece que el socialismo podría haber seguido adelante, ya que casi todos los partidos socialistas han aceptado, aunque con reservas, una economía de libre mercado. El socialismo dejó un legado: una ética social de la igual-

dad, el esfuerzo colectivo y la cooperación, que sirvió bien a las clases trabajadoras, a los menos privilegiados y a la sociedad en conjunto. Pero ¿qué pasa con su futuro? Sin un compromiso con amplias reformas estructurales económicas y con la socialización de los medios de producción, sin una fuerte defensa de la planificación económica, incapaz de proponer políticas que puedan poner fin al desempleo y que rescaten a las clases marginadas de sus miserias; aunque fuera a permanecer fiel al Estado de bienestar, ¿cómo se puede distinguir al socialismo de otros partidos? En esta etapa la respuesta es que no podemos. Entonces, ¿qué viene ahora?

El futuro del socialismo reside en los esfuerzos de los líderes socialistas para construir coaliciones viables sobre ciertos temas que atraigan a grupos de votantes, no en la proyección de una nueva filosofía socialista, de una nueva ideología sobre el Estado y la economía. Es posible una nueva coalición, que podría comenzar con muchos comunistas que han perdido su fe. Con este espíritu los socialistas italianos mostraron su satisfacción con la propuesta del líder comunista italiano de cambiar el nombre de su partido y formar una «amplia coalición reformista». Un segundo grupo que podría abrazar una coalición de este tipo podrían ser los ecologistas, y así ésta podría asumir el liderazgo de uno de los movimientos potencialmente más poderosos de la próxima década. Un tercer grupo al que tender la mano serían las feministas y las mujeres, y proyectar una visión de la igualdad que satisfaga las demandas de éstas de obtener servicios sociales que estén relacionados con sus necesidades. Cuarto, existe la posibilidad de atraer a los marginados que necesitarán ser movlizados y concienciados de su fuerza política potencial mediante la promesa de los servicios que necesitan y esperan. Finalmente, ahora que los socialistas prácticamente han abandonado la socialización de los medios de producción, también existe la posibilidad de una alianza entre ellos y las fuerzas católicas progresistas, muchos de los cuales pertenecen a partidos demócraticos católicos o cristianos.

Los partidos demócrata-cristianos

Los partidos demócraticos cristianos se fundaron en el siglo XIX y reemergieron con fuerza renovada después de la liberación de Europa en 1945: en Alemania, Francia, Bélgica, Austria, Holanda e Italia. En la década de los años setenta, estos partidos aparecieron con nuevo vigor en Portugal, España y Latinoamérica. Su fuerza renovada se debía a la síntesis que proporcianaron entre el *conservadismo social*, que estaba comprometido con la reforma social, y el *catolicismo liberal o demócratico*, que apoyaba la democracia.

Los movimientos demócrata-cristianos se habían opuesto al fascismo, y muchos de ellos habían participado en los diversos movimientos de resis-

tencia contra los regímenes nazi y fascista y los gobiernos tiere que éstos establecieron. El MRP en Francia («republicanos populares») se convirtió en el partido individual más grande el año inmediatamente posterior a la liberación. En las elecciones del 2 de junio de 1946, el MRP obtuvo el 28.1 por ciento de los votos y sus líderes desempeñaron puestos clave en los gobiernos formados a partir de entonces. En Italia, la Democracia Cristiana surgió como el mayor partido independiente después de la liberación y, a pesar de haber sufrido pérdidas, ha mantenido su posición desde entonces. Los demócrata-cristianos en la República Federal de Alemania, sustitutos del viejo partido católico de «centro», siempre se han mantenido fuertes desde el final de la Segunda Guerra Mundial, liderando las coaliciones gobernantes durante veintiocho de los últimos cuarenta y cinco años. En Suiza, Noruega, Austria, Holanda y Bélgica, los partidos demócrata-cristianos han continuado contando con el voto de entre el 20 y el 30 por ciento del electorado. En los años setenta y ochenta, los partidos católicos también reaparecieron en España y Portugal y adquirieron cierto empuje. La democracia cristiana se desarrolló asimismo fuera de Europa, especialmente en Latinoamérica. En Chile, la Democracia Cristiana obtuvo la presidencia en 1964 y contó con un 31 por ciento del voto en las elecciones de 1973. Se opusieron tanto a la dictadura militar como al comunismo.

Aunque defienden los intereses y principios morales de la Iglesia respecto a la legislación sobre subsidios, inmunidades y libertades para ésta y el clero, así como la relativa a la educación, el divorcio y el aborto, los partidos demócrata-cristianos ya no son partidos «confesionales». Se dirigen a todos los ciudadanos, sin tener en cuenta su religión, y obtienen votos de muchos no católicos.

Con el colapso de los regímenes comunistas en toda Europa del Este, a partir de 1989 los partidos demócrata-cristianos resurgieron y se mostraron fuertes en esta parte del mundo, obteniendo casi el 46 por ciento del voto en Alemania del Este. Su voto osciló entre el 8 y el 12 por ciento en Europa del Este. Y, como ha sucedido con los partidos socialistas y socialdemócratas, los demócrata-cristianos han virado progresivamente hacia la economía de mercado. Este es claramente el caso de la Democracia Cristiana italiana y también el del Partido Demócrata Cristiano alemán, que obtuvo la mayoría en las primeras elecciones en una Alemania unida el 2 de diciembre de 1990. Pero lo es aún más el de los resurgentes partidos demócrata-cristianos del este de Europa donde, como señalamos, los movimientos anticomunistas estaban ligados a las demandas de libertades económicas. Por lo general, en la actualidad la democracia cristiana está aliada con los partidos liberales y los grupos que apoyan la economía de libre mercado, aun cuando la conciencia de muchos católicos está a favor de los servicios sociales para los pobres y los menos privilegiados.

Los partidos ecologistas

Los pequeños partidos ecologistas que han surgido por toda Europa siguen comprometidos con los controles estatales de la economía. De modo bastante irónico, quizás se hallan más cerca del socialismo auténtico que la mayoría de los partidos socialistas. Sus seguidores defienden un plan para tratar el desarrollo industrial y los temas medioambientales. La mayoría de ellos considera que el capitalismo es la principal causa concreta de la degradación de la calidad de nuestras vidas y del medio ambiente. Pero la mayoría de los partidos ecologistas se hallan en su minoría de edad y su peso político es pequeño en Inglaterra, Austria, Alemania, Bélgica, países escandinavos, Francia, Europa del Este y la antigua Unión Soviética. Lo que es más relevante, sin embargo, es que algunos de sus líderes están comenzando a aceptar la idea de que el capitalismo puede ser domesticado y reformado para hacerlo compatible con la protección y la regulación medioambiental.

Los partidos liberales y conservadores

Los partidos liberales en toda Europa, como es el caso de los partidos Demócrata y Republicano (incluyendo a los conservadores) en Estados Unidos (véase el capítulo 4), son los más directos defensores del liberalismo económico, del capitalismo. Los conservadores europeos han apoyado tradicionalmente una economía paternalista y controles y regulaciones estatales, incluso nacionalizaciones; ahora se han convertido en defensores de la deregulación y del libre mercado. Tanto los conservadores británicos bajo Margaret Thatcher (1979-1990) como los gaullistas en Francia, desde principios de los años setenta se han acercado progresivamente a los principios de una economía de libre mercado. Instaron y llevaron a cabo privatizaciones en el sector socialista de la economía y están comprometidos con la reducción de impuestos y gasto público.

El espectro político en Europa, Norteamérica y el resto del mundo está cambiando: un gran número de partidos políticos ha girado hacia la «derecha», al aceptar la economía de libre mercado y pasar del socialismo a la economía mixta. El consenso sobre el Estado de bienestar se está erosionando y parece que se está desarrollando uno nuevo que evoluciona desde el estatismo a las libertades económicas individuales, la competencia y el incentivo del lucro, hacia un libre mercado. Esta tendencia se ha reforzado en la última década con el desarrollo de una economía y un libre comercio internacionales, que obedece la lógica de un libre mercado global y reclama la reducción de aranceles y los subsidios y controles del Estado. Relacionado con este desarrollo está el sorprendente funcionamiento de las economías de los llamados nuevos países industrializados (NICs): Taiwán, Singapur, Corea del Sur, Hong Kong y, quizás, Tailandia y Malasia. Los

acontecimientos habidos en estos países han reforzado los argumentos de los liberales económicos. El Estado, cualquier Estado, está acorralado y la ideología del bienestar que combinaba la ética de la igualdad socialista y los servicios del Estado está a la defensiva. La asociación de libertades políticas con un libre mercado, especialmente en Europa del Este y en la antigua Unión Soviética, ha reforzado al capitalismo como ideología, al menos de momento.

Capitalismo: Problemas y perspectivas de futuro

Existen muchos problemas críticos con el capitalismo que no deberían dejarse de lado, especialmente ahora que esta siendo asociado con la expansión de la democracia.

La crisis de las expectativas crecientes

Todos conocemos la frase «la revolución de las expectativas crecientes». Es común no sólo entre las naciones pobres que han alcanzado recientemente su independencia y no están desarrolladas, sino también entre los habitantes de los países ricos en Europa Occidental y Estados Unidos. La manifestación más característica de esta «revolución» es que todo el mundo quiere *más de todo*: más salud, mejor calidad de vida, una educación mejor, mayor seguridad, una asistencia sanitaria de más calidad, más participación en la toma de decisiones, más tiempo libre y una mayor igualdad. La velocidad con que estas expectativas han aumentado y convergido ha creado serios problemas.

En los modernos regímenes democráticos una crisis se origina principalmente por la disparidad existente entre la ideología y las capacidades institucionales. La ideología evoca un mundo de realización plena e inmediata. Encarna los nuevos imperativos morales de igualdad y de un reparto igualitario de las oportunidades y beneficios. Sin embargo, las instituciones son lentas en su respuesta a la presión y, a consecuencia de ello, los regímenes democráticos se encuentran ante la posibilidad de la inestabilidad.

Es sencillamente difícil hacer frente a todas estas demandas crecientes, no sólo porque los recursos son limitados, sino porque para ello son necesarios cambios estructurales e institucionales. Se necesitan nuevos servicios y se deben poner en marcha nuevos mecanismos institucionales. Aun el sistema más abierto y sensible experimenta un periodo entre el momento en el que se articulan y se hacen constar las demandas y el instante en que se desarrollan nuevos mecanismos para responder a ellas, y no digamos para satisfacerlas.

La intensidad y el número de demandas de las minorías, organizaciones profesionales, sindicatos, grupos de estudiantes, asociaciones culturales, etc. (muchas de ellas formuladas en un lenguaje ideológico radical) amenaza con sobrepasar a las instituciones democráticas existentes. Y esto puede llegar a causar trastornos en el marco institucional de las sociedades democráticas.

Los costes sociales

Las empresas e industrias privadas cuyo principal incentivo es la obtención de beneficios a menudo rechazan consideraciones sociales básicas y no dan los pasos necesarios para proteger los intereses sociales. Por ejemplo, casi todas las empresas industriales utilizan directamente bienes que nos interesan a todos, como puede ser el aire que respiramos o el agua que bebemos. Muchas de las actividades de estas compañías pueden afectar negativamente a los recursos de los que depende nuestra propia vida. Sin embargo, estas industrias no asumen su responsabilidad por los problemas que puedan causar, dejando que lo haga el Estado. En última instancia, el Estado corre con los gastos, mientras las compañías se embolsan las ganancias. Igualmente, las sociedades industriales muestran poco interés por la comunidad en la cual operan; por ejemplo, pueden venderse a otra compañía —doméstica o extranjera— para conseguir un beneficio. En todos estos casos, los costes para los trabajadores y la comunidad son altos. El capitalismo aparece, por tanto, como una fuerza impersonal, sin inquietudes sociales, humanas o comunitarias.

Desigualdades

Las economías capitalistas muestran una disparidad creciente entre los ricos y los pobres¹². Estamos comenzando a referirnos a una «clase marginada»: los sin techo, los parados, los que no pueden trabajar, los enfermos mentales o discapacitados, los drogadictos. Dependiendo de la definición exacta del término —y no hay ninguna— son muchos y en aumento. En muchas democracias occidentales europeos, el desempleo se ha vuelto casi crónico para nada menos que el 10 por ciento de los trabajadores. En Estados Unidos ha ido creciendo entre 1988 y 1990, y en 1992 había alcanzado el 7.4 por ciento. En 1994 descendió al 6.1 por ciento.

Por otra parte, a nivel mundial, la disparidad entre las pocas naciones ricas (no más de veintidós o treinta, medidas en términos de recursos, producto nacional bruto y renta per cápita) y todas las demás, especialmente las del Tercer Mundo, ha ido en aumento. Como la economía capitalista se está convirtiendo cada vez más en una economía internacional, podríamos

hablar, por tanto, de una *clase marginada mundial* creciente, excluida de los beneficios que promete el capitalismo¹⁴. Los pobres de todo el mundo están emigrando desesperados a los países industrializados y ricos, donde esperan encontrar refugio y comida. La miseria y la pobreza engendran resentimiento y podrían incitar a la violencia. Si esto ocurre, no sólo se considerará responsable a la economía global, sino que se cuestionará de forma seria su fundamentación capitalista, favorecedora del libre comercio de bienes y servicios y de la libre circulación del capital, así como la de los indios. Y también se cuestionará la democracia política con la que el capitalismo resurgente está vinculado.

Cualquier convulsión económica, aunque no fuera tan severa como la Gran Depresión de 1929, haría pedazos el orden político democrático en alza. Rompería los vínculos entre el liberalismo económico (capitalismo) y la democracia, y los debilitaría a los dos. En las próximas décadas se decidirá su futuro y nuestro destino.

4. La tradición conservadora

El buen ciudadano es un tradicionalista respetuoso de la ley.

Russell Kirk, *What is Conservatism?*

Podría decirse que el conservadurismo es más un estado mental que una ideología política. Para ser conservador es necesario tener algo que conservar: propiedad, estatus, poder o un modo de vida. Por tanto, es muy probable que sean conservadores quienes tienen poder, riqueza o estatus y que simplemente quieren mantener las cosas del modo en que están. Asimismo un número significativo de personas —la mayoría perteneciente a grupos rurales, los que viven en pequeñas ciudades, los ancianos, los que no tienen educación— no pueden imaginar algo diferente o tienen miedo al cambio. Ellos también quieren mantener su modo de vida tal y como está.

Sin embargo, aunque fuésemos a definir el conservadurismo sencillamente como la defensa del *statu quo* y la legitimación de un orden de cosas dado —en otras palabras, una «ideología situacional»— encontraríamos que la ideología conservadora tiene su propia lógica¹. Los movimientos conservadores siempre y en todas partes se inspiran en algunos de los mismos principios, cualquiera que sea la situación particular que afrontan en un momento dado. Son los siguientes:

1. Para los conservadores, las libertades individuales son más importantes que la «igualdad».
2. Tienen una acusada aversión al poder político, y están en contra de su concentración en manos de cualquiera, pero especialmente del pueblo.

6. La realidad: leninismo y estalinismo

La organización del partido ocupa el lugar del propio partido; el Comité Central ocupa el lugar de la organización; y, finalmente, el dictador ocupa el lugar del Comité Central.

León Trotsky, *Nuestras obligaciones políticas*

Lenin dio a la ideología marxista y a las tácticas revolucionarias una nueva intensidad, ya que fue capaz de tomar el proyecto teórico marxista y adaptarlo, no sólo a un movimiento revolucionario en Rusia a principios del siglo XX, sino también a los movimientos independentistas del mundo colonial. La primera revolución exitosa en nombre del marxismo, la Revolución bolchevique, se llevó a cabo bajo su liderazgo en Rusia, el 7 de noviembre de 1917. Iosif Stalin sucedió a Lenin en 1924 y se convirtió en cierto modo en el constructor del comunismo soviético. Permaneció en el poder durante casi treinta años hasta su muerte, en 1953. Colectivización, planificación económica, industrialización veloz, expansión del poder soviético y también un gobierno autoritario de un solo hombre están asociados a su mandato. Durante el mismo período de tiempo se establecieron regímenes comunistas en muchas partes del mundo, que se construyeron según el modelo leninista-estalinista.

El leninismo

Lenin aceptó fielmente el cuerpo del pensamiento marxista y dedicó buena parte de su vida a defenderlo frente a sus muchos críticos. Sus dos contribuciones más importantes al pensamiento comunista pueden hallarse en dos pequeñas obras: *¿Qué hacer?* (1903) y *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1917). En el primero, Lenin desarrolló una nueva teoría

para la organización del proletariado por medio del partido comunista; en el segundo intento mostró que el estado superior (y último) del capitalismo estaba inextricablemente asociado a las guerras coloniales entre las naciones capitalistas. En un tercer amplio ensayo, *El Estado y la revolución* (1918), explicó con mayor detalle conceptos clave tales como la toma revolucionaria del poder, el período de la dictadura del proletariado y la etapa final del comunismo en la que el Estado desaparecería y la abundancia material se haría realidad. Pero su contribución más importante como líder del Partido Bolchevique ruso fue hacer una revolución y presidir su consolidación.

La doctrina revolucionaria de Lenin

Lenin dedicó la mayor parte de su vida a desarrollar una teoría revolucionaria. En *El Estado y la revolución* resumió las tesis marxistas: el Estado es el producto de antagonismos de clase irreconciliables y el agente de la clase capitalista; la democracia liberal es otro nombre del capitalismo, asegurando la dominación de los trabajadores; el derecho y el Estado son los instrumentos para el dominio de las clases trabajadoras por parte de la clase gobernante; y, naturalmente, la revolución y el triunfo de la clase trabajadora es a la vez deseable e inevitable.

Las etapas revolucionarias que Lenin prevé son las siguientes:

1. El levantamiento armado del proletariado, bajo el liderazgo adecuado.
2. La toma del control político por los trabajadores, en forma de una «dictadura del proletariado» temporal, contra lo que quede de las clases capitalistas.
3. El concepto de dictadura de Lenin era tan sucinto como brutal!
3. La socialización de los medios de producción y la abolición de la propiedad privada.
4. Finalmente, la lenta «disolución del Estado».

El partido comunista

¿A qué se refiere Lenin con una revolución de la clase trabajadora *bajo el liderazgo adecuado*? La postura de Marx fue la de que los factores económicos objetivos y la conciencia de clase del mundo de los trabajadores se movían en paralelo. La maduración del capitalismo significaría la maduración de la conciencia social (por ejemplo, revolucionaria) de los trabajadores.

Lenin (1870-1924)

Vladimir Ilich Uliánov («Lenin») fue originalmente un pseudónimo, pero se convirtió en su nombre más conocido) pasó su niñez (feliz según todas las versiones) en la provincia de Kazán. Después de licenciarse en Derecho fue arrestado por actividades revolucionarias y desterrado a Siberia. En 1900 se le permitió marcharse al extranjero donde, como marxista declarado, prosiguió su actividad revolucionaria con notable energía. Formuló e impulsó a sus seguidores un programa para un partido muy centralizado compuesto por revolucionarios entrenados.

El colapso de los ejércitos zaristas y la Revolución democrática de febrero de 1917 encontraron a Lenin en Suiza. Se las arregló para negociar con el gobierno alemán un derecho de tránsito por la línea del frente entre los ejércitos alemán y ruso; la noche del 6 al 7 de noviembre de 1917, los bolcheviques tomaron el poder, y a Lenin se le nombró presidente del nuevo gobierno. Hacia 1918, Lenin había establecido lo que venía a ser una dictadura. Disolvió la Asamblea Constituyente después de que los bolcheviques no conseguieran alcanzar una mayoría en las elecciones, pero su interés principal se centraba en la guerra contra los partidarios del zar. La guerra Civil rusa no terminó hasta 1920 con la victoria de las fuerzas comunistas.

Sin embargo, el camino desde un principio la necesidad de liderazgo y organización de la clase trabajadora —y en particular la clase trabajadora rusa— para un partido desarrollado por sí misma una conciencia revolucionaria. Era otro, organizado en un partido comunista, tendría que educar a las masas, inculcándoles el espíritu revolucionario e inculcándoles una conciencia de clase. Este es el camino hacia la revolución y, por último, hacia el comunismo. *Se preguntó aquí el marxismo dialéctico para reemplazarlo por una teoría del voluntarismo.* El partido comunista está basado en la voluntad y en la dedicación de los marxistas, que son los revolucionarios. Pueden hacer la revolución independientemente de las condiciones sociales imperantes.

De estas premisas revolucionarias se derivan una serie de consecuencias, tanto en el nivel teórico como en el práctico.

Historia

El partido comunista es un grupo de individuos con talento que entiendan el marxismo y que bajo la dirección de la historia mejor que el resto de los individuos. Los dirigentes del partido están especialmente dotados con un

conocimiento científico y una previsión de los que carece la gente común. El liderazgo es más probable que provenga no de las filas de la clase trabajadora, sino de «fuera», de los intelectuales de la clase media, que son capaces de comprender la totalidad de los intereses de la sociedad y, de este modo, promover el socialismo. Son formados en la dialéctica marxista y pueden discernir el patrón de la historia que conduce al socialismo. Este partido es la *vanguardia* del proletariado. Habla y actúa en beneficio del proletariado.

La organización del partido

Las bases del partido se unen a sus líderes mediante vínculos de lealtad y acción común, pero también de obediencia y disciplina. Deben estar preparados para cualquier tipo de acción, legal o ilegal, en cualquier momento. «El único principio de organización serio para los trabajadores en nuestro movimiento», escribió Lenin: «El partido debe ser organizado sobre la base del *centralismo democrático*, según el cual:

1. Todas las decisiones deben ser adoptadas en un debate abierto y libre por el órgano representativo del partido, el congreso.
2. Una vez se adopta una decisión de este modo, es de cumplida obligación para todos. No se permitirán facciones dentro del partido y ninguna minoría dentro de él podrá escindir o airear sus quejas en público.
3. Todos los cargos del partido —secretarios, Comité Central y otros órganos ejecutivos— son elegidos de forma indirecta desde el miembro en la base hacia arriba.
4. Todas las decisiones e instrucciones de los cargos ejecutivos del partido son obligatorias para los órganos y cargos inferiores.

La organización del Partido Comunista Soviético se volvió así cada vez más jerárquica. Las órdenes para actuar circulaban de arriba abajo. A lo largo de toda su vida, a pesar de la oposición, Lenin fue capaz de mantener el poder decisivo supremo en sus manos y de controlar la designación de los líderes locales del partido. El partido no toleraba el disenso y, bajo el liderazgo de Lenin, se permitió realizar «purgas» en los años posteriores a la Revolución. Este inventó la noción de los «enemigos del pueblo». Fue durante ese mismo período cuando fueron encarcelados y sentenciados a muerte miles de los denominados provocadores, saboteadores, pequeñoburgueses y muchos otros.

Del modelo de partido de Lenin resulta obvio que éste no tenía ningún respeto por la democracia. La revolución sería «la ley suprema». Si la revolución lo exigía... todo —democracia, libertad, los derechos del individuo— debería ser sacrificado por ella. Por consiguiente, Lenin no tuvo

ningún escrúpulo en disolver los cuerpos elegidos democráticamente cuando los bolcheviques estuvieron en minoría. El partido sería el único espíritu y organismo rector de la nación.

Las colonias y la revolución mundial

En *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, publicado en 1917, Lenin intentó mostrar que la etapa superior y última del capitalismo (el «capitalismo monopolista») corresponde a un período de control por parte de los grandes bancos y grupos empresariales que tienen inversiones en las colonias de ultramar, de división del mundo en áreas de dominación y explotación colonial, y de guerras. Sin embargo, la tesis más importante del libro era que el capitalismo se había convertido en un fenómeno mundial a pesar del desigual desarrollo económico de los diversos países y del atraso de las colonias.

Si el capitalismo se había convertido de hecho en un fenómeno mundial, si las naciones imperialistas se habían repartido el mundo entre ellas y si se las habían ingeniado para atemperar la conciencia de clase revolucionaria de sus trabajadores proporcionándoles prestaciones y ventajas que se extraían de los pueblos coloniales, ¿de dónde surgiría la revolución? Para Lenin, como hemos visto, tendría que venir de revolucionarios entrenados, bien organizados y con una voluntad común compartida. Pero ¿dónde tendría lugar esa revolución?

La respuesta dada por Lenin, con el apoyo de Trotski, fue que no se debería esperar a que se cumplieran las etapas del desarrollo capitalista. Era tácticamente necesario impulsar la toma revolucionaria del poder en cualquier lugar del mundo en vez de esperar hasta que todos y cada uno de los países hubieran alcanzado el nivel de madurez requerido por Marx y Engels. La cadena capitalista que ataba al mundo tenía algunos eslabones débiles, especialmente en las colonias, donde era vulnerable precisamente porque los pueblos coloniales empezaban a exigir lo que muchos líderes liberales burgueses habían defendido para ellos: independencia nacional, derechos políticos, igualdad, etc. Por consiguiente, era un peñón en la lucha contra el capitalismo tratar de romper la cadena por alguno de sus diferentes eslabones débiles. En nombre de Marx, se les pidió a los comunistas que promovieran revoluciones en países en los que el campesinado —y no los trabajadores— constituía el grupo social más numeroso; tendrían que hacerlo en nombre del nacionalismo, más que del internacionalismo. Desde un punto de vista táctico, todo movimiento de independencia colonial que triunfó fue una ruptura en la cadena capitalista y, por tanto, una victoria para la Rusia comunista.

Fue un giro táctico magistral diseñado para defender el comunismo en un país atrasado como Rusia contra enemigos potenciales (y al hacerlo de-

fender también a Rusia), así como para expandir y exportar la revolución comunista llevada a cabo en Rusia a casi todo el resto del mundo.

Conclusión

El énfasis en las tácticas políticas y revolucionarias, sin importar las condiciones objetivas, es el distintivo del leninismo: la confianza en factores humanos como la voluntad, el liderazgo y la organización sin tener en cuenta su contenido social; y la subordinación de todo lo demás a la organización política, a la voluntad política y al liderazgo para hacer la revolución. Muy a menudo se alude a esto denominándolo teoría del «sustitucionismo». Con Marx la clase trabajadora desarrolla la conciencia para hacer la revolución y establecer el comunismo, sustituyendo a la totalidad de la sociedad por ella misma. Con Lenin, el Partido Comunista reemplaza a la clase trabajadora y habla en nombre de sus intereses. Son entonces los órganos ejecutivos y superiores del partido, el Comité Central, los que hablan en nombre de los intereses de la clase trabajadora, de los intereses de la totalidad. Pero como el mismo Comité Central controlaba los movimientos comunistas mundiales, también hablaba en nombre del interés de todos los partidos comunistas, que hablaban en nombre de sus respectivas clases trabajadoras, que hablaban en nombre de la comunidad mundial. Sólo es necesario dar un paso más para que el líder único sustituya a todos los demás para llegar al resultado lógico de una organización de ese tipo: la subordinación de *todo* al liderazgo de *un* hombre. Ésa fue la esencia del estalinismo.

El estalinismo

El nombre de Stalin se está convirtiendo en algo tan lejano para muchos estudiantes como el de Napoleón. Pero todavía para muchos comunistas contemporáneos, dentro y fuera de la antigua Unión Soviética. Stalin y el estalinismo siguen siendo importantes y muy controvertidos. Miembro del Partido Comunista ruso y vinculado a Lenin, Stalin le sucedió a su muerte, en 1924. Pasados cinco años, durante los cuales eliminó toda oposición dentro del Partido Comunista, se convirtió en su gobernante absoluto. Mientras Lenin estaba respaldado por su enorme prestigio y era respetado por su inteligencia y sus escritos, Stalin contaba con la organización que había construido con el partido, así como con la fuerza bruta. E institucionalizó en su propia persona la dictadura del proletariado: sin sujeción a ninguna ley, es más, por encima de toda ley.

Stalin sucedió a Lenin en un momento en que el espíritu revolucionario, tanto en Rusia como en todas partes, estaba en decadencia. Largos

Íosif Stalin (1879-1953)

Nacido en Georgia, Stalin se puso al frente del Partido Comunista de la Unión Soviética después de la muerte de Lenin en 1924. Aunque al principio fue una figura menor entre los dirigentes comunistas que hicieron la Revolución y carecía del talento literario, discursivo o intelectual de muchos de ellos, Stalin asumió, sin embargo, una posición de control dentro de la organización del partido, convirtiéndose en secretario general, con lo que su dominio prevaleció. Inició lo que generalmente se denomina la Segunda Revolución, colectivizando la agricultura y socializando todos los medios de producción. Su gobierno, que duró hasta su muerte, contempló el rápido incremento del poder soviético económica, internacional y militarmente. Pero en lo esencial fue una dictadura personal basada en la aplicación más despiadada de la fuerza y el terror, y muchos la consideran como una gran traición a los principios originarios en los que se basó la Revolución.

años de lucha, guerra civil y penurias económicas habían desilusionado a muchos líderes revolucionarios y habían minado la moral de las bases del partido. Siendo sobre todo un organizador de partido, Stalin tejió dentro del Comité Central del partido y en los comités regionales y de distrito una red de contactos personales y organizativos. Controlaba las designaciones de miembros del Partido Comunista para los puestos administrativos locales y de distrito; se encargaba de las admisiones en el partido y se le pidió que reorganizara y purgara los aparatos administrativos del Estado y que asumiera el control de la policía. El usó esos poderes para consolidar y promover su propia posición política dentro del partido.

La falta de democracia interna

Otra muestra de la degradación del estatus del partido fue la ausencia de cualquier deliberación o crítica auténticamente libre entre sus delegados reunidos en asamblea. Los congresistas, siempre que eran convocados, se dedicaban a dar su aprobación sin ningún debate a las resoluciones del líder. Después de 1920 no se planteó ninguna propuesta; no se expresó ninguna voz o voto disconforme. Stalin y sus colaboradores más cercanos preparaban con anticipación la lista de candidatos para los diferentes órganos ejecutivos, que fue siempre aprobada por unanimidad.

nadas previamente por ellos; las purgas periódicas explicaban la constante renovación de las bases y de los dirigentes y organizadores de nivel medio.

La economía

En 1929, Stalin introdujo lo que habitualmente se denomina la «Segunda Revolución» o «la Revolución desde arriba». Todos los medios de producción y toda la propiedad privada fueron socializados, y la agricultura colectivizada. El Partido Comunista se convirtió en el instrumento para controlar la sociedad y dirigirla hacia el objetivo de la rápida industrialización. Esto implicaba una rígida centralización y un control burocrático de la economía nacional, lo que a menudo se conoce como *economía dirigida*. Los objetivos económicos se formulaban por períodos de cinco años (los planes quinquenales) con prioridades y cuotas específicas. Se priorizó la inversión de capital —la construcción de fábricas y de equipo industrial— y la formación de la fuerza de trabajo frente al consumo. La educación se convirtió en un elemento indispensable de la industrialización, porque los técnicos, científicos, trabajadores especializados, ingenieros y personal de servicios como médicos, administradores, contables, etc., eran vitales para el crecimiento económico.

La fuerza y los incentivos

El esfuerzo total condujo a una revisión radical de la sociedad rusa. En nombre del socialismo la misión era crear lo que el socialismo debería haber heredado: una sociedad industrializada. Tres eran los incentivos que podían usarse. El primero, la propaganda y la persuasión: ensalzar el mito del socialismo e incitar a la gente a realizar esfuerzos y sacrificios comunitarios. Pero la exhortación ideológica tiene sus límites y Stalin tuvo que recurrir a dos métodos clásicos para fomentar la conformidad: la zanañoria y el palo. La zanañoria fue el incentivo económico; el palo, la fuerza.

El que no trabajara no comería. La renta sería proporcional a la calidad y cantidad del trabajo realizado; se declaró que la desigualdad de renta era inevitable. Se puso en su sitio a los sindicatos que apoyaban la igualdad de salarios; sus líderes fueron arrestados y eliminados, el derecho a la negociación suprimido, y el derecho a participar en las decisiones del director de la factoría, cancelado.

Las diferencias en las pagas crearon una estructura salarial que comenzó a parecerse a la de las sociedades capitalistas, con el derecho de ciertos individuos a ahorrar y obtener interés, a pasar algunas de sus ganancias a sus herederos, a proporcionar a sus hijos una mejor educación y a disfrutar de ventajas especiales en sus vacaciones, tiempo libre y viajes. Incluso había

La policía

El nuevo órgano que de hecho reemplazó al partido fue la policía, que operaba directamente a las órdenes de Stalin. Su obligación era mantener la lealtad comunista. Lenin la había usado para, en primer lugar, actuar contra los «desviacionistas» y los «disidentes», pero siempre se entendió que sería un apéndice del partido que actuaba en su nombre. Sin embargo, hacia 1935, la policía secreta se convirtió en el instrumento de control e intimidación, no sólo de toda la sociedad, sino también del partido. Sus miembros —incluso los altos cargos— estaban totalmente a su merced. La policía secreta se fue transformando gradualmente en la fuerza coercitiva y punitiva más temida. Disponía de su propio ejército privado (tanques incluidos), de una enorme red de espías y confidentes, y estaba al mando de los campos de trabajos forzados donde se internaban a los presos (cuyo número osciló, según los distintos cálculos, entre los tres y los cuatro millones hasta un máximo de diez a lo largo de todo el período estalinista). El terror se convirtió así en instrumento de gobierno.

La organización del Partido Comunista

La organización y las funciones del Partido Comunista bajo Stalin representan el desarrollo final de lo que Lenin había comenzado. El partido seguía siendo una elite compuesta de miembros leales y llenos de energía. Su misión era mantener y promover la causa del socialismo soviético y educar a las masas en el socialismo. Su afiliación continuaba siendo relativamente pequeña. A veces se lo describía como «jefe del Estado Mayor del proletariado», otras veces como el «profesor» de las masas rusas, y en otras ocasiones como la «vanguardia de la clase obrera y de las masas». Se convirtió en una organización exclusiva que controlaba todos los aspectos de la vida social y gubernativa de la sociedad soviética.

La concepción leninista de la relación jerárquica entre el líder y las bases se institucionalizó. Se comenzó a hablar del papel del líder de una manera casi religiosa o semibizantina: era omnisciente y omnipresente, el padre del pueblo, su palabra era ley. En el estalinismo se daba una acentuada similitud con el paternalismo despótico del régimen zarista.

La evolución de este concepto de liderazgo también está relacionada con el desarrollo interno de la organización del partido. Los poderes para la toma de decisiones se concentraron de forma exclusiva en las manos de los órganos ejecutivos del partido y se abandonó todo parecido con el centralismo democrático en beneficio de una rígida centralización y del control desde la cúspide. Las designaciones de los cargos del partido no las llevaron a cabo las bases, sino que se hicieron desde arriba. Sólo era posible la crítica cuando los dirigentes lo permitieran, y únicamente sobre materias selecto-

estatus, el reconocimiento de que pertenecían a una clase elitista compuesta por el grupo superior de la *intelligentsia* (la palabra rusa denota una amplia clase de personas, que comprende a todos los grupos que no son trabajadores o agricultores). En reconocimiento a sus servicios y como un incentivo añadido, se les permitía ser miembros del partido, otorgándoles también así estatus político. En consecuencia, el porcentaje de trabajadores y de agricultores dentro del partido decreció.

La fuerza adoptó diversas formas y sirvió para muchos propósitos. Se usó contra los que no trabajaban o no lo hacían con regularidad y no podían vivir de acuerdo con las cuotas que se les habían asignado. Esta gente fue enviada a los campos de trabajo y su desaparición fue sólo un recordatorio para los demás de lo que podrían tener que afrontar. La fuerza también se usó directamente para crear regimientos de trabajadores en los campos de trabajo que se responsabilizaron de labores que nadie más habría realizado (excepto por una paga muy alta), como la extracción de oro, la tala de madera y la construcción de carreteras. En un sentido más amplio, la fuerza era asimismo un recordatorio constante, incluso para los que recibían un buen salario por su trabajo, de que cualquier relajación o negligencia iría seguida de un rápido castigo.

La dominación soviética: el Comintern

¿Cómo se organizarían todos los partidos y movimientos comunistas que surgieron casi en todas partes después de la Revolución bolchevique? La respuesta fue la Tercera Internacional, el Comintern, fundada en 1919. Los partidos comunistas de muchos países se pusieron de acuerdo para coordinar la estrategia y las tácticas revolucionarias. Cuando fue fundado, en el Comintern había treinta y cinco partidos nacionales. Hacia 1939 —en vísperas de la Segunda Guerra Mundial— su número había crecido hasta ser cerca de sesenta.

Las veintituna condiciones

Lo que unía a todos estos nuevos partidos y movimientos comunistas en la Tercera Internacional eran las famosas veintituna condiciones expuestas por Lenin. Las mismas (o casi las mismas) características de disciplina, organización y lealtad que Lenin impuso a su Partido Bolchevique se exigieron al resto de los partidos comunistas nacionales. Algunas de las condiciones para todos estos partidos comunistas fueron las siguientes:

- * Aceptación del compromiso ideológico absoluto con el comunismo.
- * Asimilación del control directo sobre su prensa y publicaciones comunistas.

- * Aceptación del principio y la práctica del centralismo democrático (por ejemplo, conformidad de las bases con las instrucciones de las autoridades superiores y la obligación de no permitir que existiera ninguna facción dentro del partido). Los reformistas, revisionistas y sindicatos serían degradados implacablemente.
- * Establecimiento de organizaciones clandestinas e ilegales: los miembros del partido deberían estar dispuestos para el trabajo ilegal.
- * Juramento de realizar esfuerzos especiales para debilitar y desorganizar los ejércitos nacionales.
- * No se tolerarían ni el pacifismo ni los pacifistas.
- * Todos los comunistas asumían la obligación de prestar ayuda y apoyo a los movimientos revolucionarios de los pueblos coloniales.
- * Se les ordenó romper con todos los sindicatos afiliados a la Segunda Internacional.
- * Los miembros comunistas en los parlamentos nacionales eran meros delegados del partido.
- * Todos los partidos comunistas en el mundo se comprometieron a apoyar a la Unión Soviética y a cada una de las «repúblicas soviéticas».
- * El programa del partido comunista para cada país tendría que ser aceptado por el comité ejecutivo de la Tercera Internacional.

De esta forma, Lenin transformó el movimiento comunista en una organización mundial para contrarrestar el dominio mundial que, según afirmaba, había establecido el capitalismo. Cualquier amenaza por parte de los capitalistas contra la Rusia socialista se encontraría con la resistencia de esta fuerza, bien organizada en todas partes fuera de ella.

Con las oficinas del *Comintern* en Moscú, la dirección soviética bajo Stalin estableció su control sobre los otros partidos. Además de la ideología, muchos lazos organizativos y financieros ligaban a cada uno de los partidos comunistas de diversos países con la Unión Soviética. Se llevaron a cabo siete congresos de la Tercera Internacional y, al principio, los delegados extranjeros tenían libertad para expresar sus puntos de vista y a entablar un diálogo. Pronto la elección de esos delegados fue controlada por los *soviets*, y los congresos simplemente confirmaban la «línea» sugerida por los líderes soviéticos.

En 1943, la Tercera Internacional se disolvió formalmente. Las razones aducidas fueron que los diversos partidos comunistas del mundo eran suficientemente «maduros» para ocuparse de sus propios programas y tácticas y seguir solos adelante. La disolución, sin embargo, tenía la intención de aplacar a los aliados occidentales (especialmente a Estados Unidos) mostrando que la Unión Soviética ya no se empeñaba en conseguir la revolución mundial. Pero la Tercera Internacional había desempeñado su papel: había coordinado rigurosamente los movimientos comunistas en todo el mundo de acuerdo con los designios soviéticos e infindo sólidamente la

creencia de que la defensa y protección de la Unión Soviética era la obligación última de todos los trabajadores.

El estalinismo: contradicciones y estancamiento

Durante un largo período de tiempo, el ideal de Marx sostuvo la realidad comunista, creada primero por Lenin y posteriormente desarrollada en lo referente a sus estructuras políticas y económicas por Stalin, a pesar de la disparidad existente entre ambos. Tal es la fuerza de una gran ideología. Debido a este ideal, los visionarios, ideólogos e intelectuales comunistas sencillamente rechazaron examinar la realidad estalinista. Por otro lado, los dirigentes soviéticos explotaron ese ideal para imponer su gobierno y obtener apoyo, tanto en la Unión Soviética como en el extranjero. Sin embargo, no fue posible aceptar las disparidades por mucho tiempo. Algunas fueron perceptibles incluso antes de la muerte de Lenin: sobre todo la imposición de un gobierno monopartidista por un partido que no permitía el debate libre; el creciente papel de la policía; el silenciamiento de la oposición por la fuerza, y los esfuerzos para imponer el comunismo total sobre una economía retrasada, en la que el 75 por ciento de la población era campesina. Pero las disparidades se volvieron más flagrantes después de la consolidación del régimen estalinista. El partido cayó bajo la completa dominación de una sola persona, Stalin, que gobernaba, mediante estrategias y fuerza, como un déspota oriental.

Con Stalin, la ideología y el movimiento revolucionario se convirtieron en ortodoxia del Estado y del partido. La especulación, la discusión y el debate dieron paso al dogma y a la imposición. La polémica, o incluso el mero desacuerdo, se magnificaron hasta equipararlos a la traición. La perestroika cedió su sitio a la fuerza, y el Estado y la policía se transformaron en agentes para administrarla, frecuentemente contra el propio partido. El marxismo se presentaba ahora en simples términos didácticos para acabar con toda disputa, especialmente cuando era el mismo Stalin el que exponía las ideas. La ideología marxista se convirtió en un catecismo repetido por medio de todos los mecanismos de socialización al alcance del partido: los agitadores del partido, la prensa, los colegios, la radio, las universidades, los sindicatos, etc. En vez de desvanecerse en el aire, el Estado y su burocracia crecieron, como también el alcance totalitario del partido; el uso de la fuerza, por medio de la policía, se institucionalizó en un instrumento de terror permanente para obtener conformidad; se silenciaron todas las formas de debate y discusión pública, poniéndose todos los medios de comunicación bajo el control de los órganos del partido apropiados, igual que sucedía bajo los regímenes autoritarios que habían surgido en Alemania e Italia. También se subordinaron y se sometieron al control del partido todos los grupos sociales y asociaciones —profesionales, culturales, reli-

giosas, etc.—, incluidas la familia y la Iglesia. El Estado se convirtió en el único propietario y gestor de la economía.

Un despotismo tan cercano al de los zares no fue sino uno de los desastrosos que no podían reconciliarse con el marxismo. Pero tampoco la economía fue capaz de vivir conforme a este ideal. Las primeras décadas de construcción del socialismo exigieron una rápida movilización de recursos que tuvo cierto éxito. Bajo Stalin, Rusia se industrializó realmente, pero sólo en la construcción de una infraestructura que otros países habían conseguido mucho antes. Carbón, cemento, hierro y acero, petróleo, rápida urbanización y construcción de viviendas; los objetivos cuantitativos de los planes quinquenales fueron impresionantes. Hasta bien entrados los años sesenta, se ignoró o incluso se disculpó la naturaleza autoritaria de los regímenes, incluyendo también a la policía y los *gulags*, debido a la visión de modernización y de abundancia económica prometida por el comunismo y por todos los que creían que una economía socialista y planificada era superior al capitalismo; ésta era también la conclusión de muchos intelectuales europeos occidentales y norteamericanos. Pero la economía dirigida, aún en los días de Stalin, comenzó a mostrar debilidades inevitables. La primera y más importante, que era incapaz de producir bienes de consumo para satisfacer las expectativas crecientes de los ciudadanos soviéticos; en segundo lugar, y cada vez de forma más evidente, que la agricultura colectivizada no podía producir suficientes alimentos; tercero, que los inflexibles mecanismos del transporte de mercancías no podían llevarlos desde el productor al consumidor y que, incluso peor, los planificadores eran incapaces de conseguir que los materiales necesarios por las compañías industriales llegaran a tiempo y que sus productos abandonarían la fábrica en el plazo fijado. La economía socialista fue incapaz de dar el salto fundamental hacia la diversificación y la experimentación y de introducir tecnología punta.

Con el estancamiento económico, otro de los ideales marxistas comenzó a desvanecerse: el de la igualdad. Durante mucho tiempo se había producido una especie de transacción ideológica entre la democracia (libertades políticas) y la igualdad (libertades económicas y satisfacción de necesidades económicas para todos). La primera debía ser sacrificada en beneficio de la segunda, *durante un tiempo*. Las democracias occidentales, se afirmaba, sólo ofrecen a sus ciudadanos igualdad de oportunidades; el socialismo les proporcionaba igualdad material real. En las primeras había derechos formales; en el segundo, derechos sustantivos. Sin embargo, cada vez se fue haciendo más evidente que esto no era así. En una economía estancada la oligarquía política —sobre todo los miembros del partido, los burocratas, los oficiales del ejército, la policía y los escogidos miembros de la *intelligencia*— comenzó a asumir privilegios económicos y sociales que le otorgaron un mejor estándar de vida y el acceso a servicios especiales. El poder político se fue convirtiendo poco a poco en símbolo de privilegio. Establecimientos de alimentación especiales, lugares

de vacaciones y ventajas en la educación de sus hijos se añadieron a sus mayores prestaciones y salarios. Esto inevitablemente generó abusos y corrupción. El ideal aparecía viciado, ya que la ideología comunista no semejaba haberse convertido en otra cosa que en un escudo que protegía a la nueva élite política. Comenzó a ser contemplado con desdén por el resto de la población, incluida la de muchas nacionalidades cuyo nivel de vida era bastante más bajo que el de los rusos. Entrar en el partido comunista y aparentar ser un comunista para muchos no era sino una forma de asegurar su futuro y sus carreras. El partido se convirtió gradualmente en una máquina burocrática para mantener los privilegios conferidos a sus miembros. La ideología que lo sostenía y alimentaba comenzó a declinar rápidamente.

Esperando a... Gorbachov

En 1956, después de una corta lucha por el poder, Nikita Jruschov, que había reemplazado a Stalin como secretario general del Partido Comunista y presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, entregó un «informe secreto» a los delegados del Partido Comunista Soviético en su vigésimo congreso. Criticaba duramente a Stalin por los muchos crímenes cometidos durante su larga permanencia en el cargo.

¡Camaradas...!

Después de la muerte de Stalin el Comité Central del partido ha comenzado a desarrollar una política para explicar concisa y coherentemente que es inaceptable y extraño al espíritu del marxismo-leninismo elevar a una persona, transformarla en un superhombre poseedor de rasgos supranaturales, parecidos a los de un dios. Dicho hombre supuestamente sabe todo, ve todo, piensa por todos, puede hacer todo, es infalible en su comportamiento.

Sin embargo, sólo se llevaron a cabo reformas menores en la economía, en la sociedad y casi ninguna en la organización y en el gobierno del partido. Entre ellas las más importantes fueron:

1. El control que la dirección soviética tuvo una vez sobre los otros partidos comunistas en el mundo disminuyó. Ahora se alude al polipartidismo, con múltiples centros de dominio comunista independientes, y al «comunismo nacional», en el que los partidos comunistas seguirían un camino dictado por las condiciones nacionales específicas y no por la dirección soviética de acuerdo con el modelo soviético.
2. La «inevitabilidad» del conflicto entre el comunismo y las democracias liberales dejó paso a la «coexistencia pacífica». Naturalmente,

en gran parte esto fue debido al desarrollo de las armas nucleares y a la «destrucción mutua» que ocasionaría.

3. Stalin fue cada vez más criticado, tanto en relación con las prácticas políticas que utilizó como por el tipo de socialismo que desarrolló. Su nombre fue gradualmente eliminado de todo rincón de la vida soviética. Ya no fue considerado como uno de los «fundadores» de la ideología comunista. Los esfuerzos para rehabilitar a algunos de los líderes comunistas que fueron enviados a la muerte o hechos «desaparecer» durante su gobierno habían tenido éxito. Muchos de los líderes comunistas ejecutados por Stalin fueron proclamados inocentes en 1988. Finalmente —pero no hasta 1989—, Gorbachov admitió que «la culpa de Stalin era imperdonable».
4. Stalin, como líder omnisciente y omnipotente fue reemplazado por el «liderazgo colectivo». El secretario general del partido, sin embargo, continuó manteniendo su ascendiente. Pero la adulación servil y la deferencia desaparecieron. Por medio del partido, los sucesores de Stalin continuaron ejerciendo el control, pero ya no era el férreo control directo y personal que aquél mantuvo a través de la policía y de la intimidación y la fuerza absoluta.
5. La policía y sus prácticas arbitrarias quedaron bajo control gracias a la creación de algunas reglas y procedimientos generales para frenarla y subordinarla.

No obstante, poco más se cambió hasta mediados de los años ochenta. La ortodoxia ideológica oficial del partido siguió siendo inmune a la crítica. Se continuó proclamando la «dictadura del proletariado». El Estado en las manos del Partido Comunista mantenía sus características coactivas y el poder militar soviético dominaba el este de Europa, sofocando por la fuerza los levantamientos nacionales. Tampoco hubo grandes cambios en la economía. Continuaba funcionando con los mismos controles burocráticos y centralizados, y la diferencia entre su progreso (o más bien su falta de progreso) y el del mundo occidental se hizo manifiesto. La economía dirigida fue incapaz de mantener el consumo, y el nivel de vida de los ciudadanos soviéticos descendió. Los soviéticos comenzaron a experimentar su propio tipo de «estancamiento»: controles centralizados cada vez mayores por parte de una floreciente élite comunista privilegiada, con cada vez menos bienes para la población.

7. El derrumbamiento del comunismo

El Mito se transformó en Mentira [...]: porque el socialismo soviético tal y como se llevó a cabo en realidad fue un fraude en términos de los propios estándares del Mito. Se pudo hacer que esta Mentira pareciera ser verdadera y ocultarse el fraude durante un tiempo [...] mediante la combinación del terror y de la indoctrinación al son del tambor [...]. El colapso de la Mentira bajo la *glasnost* está destruyendo la aceptación del propio sistema.

«Z» (por Martin Melia) «Al mausoleo de Stalin»

A pesar de las reformas menores llevadas a cabo después de la muerte de Stalin, y aún en los años setenta, los contornos del régimen soviético cambiaron muy poco. Siguió siendo un solo partido que controlaba a la sociedad en nombre del comunismo e imponía una ideología que se estaba volviendo cada vez más irrelevante, con una economía dirigida centralizada y burocratizada cada vez más incapaz de asegurar el crecimiento económico y de satisfacer las necesidades de los consumidores.

No fue hasta los años ochenta, y más concretamente hasta que Mijaíl Gorbachov se convirtió en el secretario general del Partido Comunista en marzo de 1985—sucediendo a los cincuenta y cuatro años a una larga serie de viejos incondicionales del partido—, cuando las reformas comenzaron a afectar al partido, al régimen y a la ideología comunista. Pero las reformas radicales que afectaron al mismo baluarte de la ortodoxia comunista, al dominio del partido único y a la economía dirigida no se emprendieron o se hicieron necesarias hasta finales de 1989. En 1990 se había destrozado la misma estructura de la política soviética. El dramático cambio tuvo lugar en los países satélites del este de Europa: Polonia, Alemania del Este, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Rumanía, extendiéndose incluso a la pequeña y aislada Albania. En todos estos casos existía una profunda crisis en la ideología y en las instituciones comunistas, que vamos a examinar en este capítulo. Fue una crisis que anunciaba el colapso mundial del comunismo.

Para apreciar la magnitud del cambio recordemos los rasgos esenciales del totalitarismo comunista:

1. La ideología es oficial, es decir, está apoyada por la dirección con exclusión del resto de las ideologías. Es total y global y todo se subordina a ella. La sociedad debe estructurarse según las metas ideológicas fijadas.
2. El fin del partido único es controlar, intimidar y gobernar. Es el principal vehículo de la movilización y el reclutamiento político. No se tolera ningún tipo de competencia política.
3. Todas las asociaciones, grupos e individuos están subordinados al partido, al Estado y al líder. No existe pluralismo cultural. Tanto la educación como la literatura, el arte, la música y la arquitectura deben ajustarse a los objetivos y metas primordiales de la ideología política. Los grupos y los individuos, la vida familiar y las actividades sociales y recreativas, las escuelas y la economía deben estar sincronizadas con el régimen político. Todos deben «marchar marcando el paso» que impone.
4. El uso de la violencia está institucionalizado por medio de la policía y de otros instrumentos especializados de coacción e intimidación.
5. El partido, directamente o a través del Estado, tiene un control monopolístico de los medios de comunicación de masas y de todas las actividades económicas.

El declive de la ideología comunista

Antes incluso del periodo de estancamiento (1964-1985), la ideología oficial comunista, y con ella el Partido Comunista, había comenzado a debilitarse. Perdió su fuerza movilizadora a medida que la disparidad entre sus promesas y la realidad se hizo evidente; se volvió especialmente irrelevante para los jóvenes, a los que el marxismo y el estalinismo les parecían dogmáticos e incapaces de resolver los nuevos problemas sociales, nacionales e internacionales o, por eso mismo, de explicar los éxitos de las economías de libre mercado occidentales y norteamericana cuya predestinación al fracaso había sido claramente detallada por todos los marxistas. Los socialistas, técnicos, académicos y, en general, las clases profesionales en aumento dentro de la sociedad soviética primero se impacientaron, durante los años del estancamiento se desilusionaron, y a lo largo de la década de los ochenta se volvieron rotundamente críticos.

Sin embargo, no surgió ninguna contraideología para enfrentarse al comunismo. Y ello fue el resultado de dos importantes factores habituales en la historia tanto de Rusia como de la Unión Soviética. Hasta 1917, las ideologías que habían aparecido en Rusia nunca habían conseguido implantarse y obtener el apoyo popular. El anarquismo, el conservadurismo, el liberalismo, el constitucionalismo democrático o el socialismo nunca cristalizaron en movimientos políticos que obtuvieran un apoyo generalizado. Por su-

puesto que el campesinado reivindicaba la tierra. «Somos tuyos, pero la tierra es nuestra», proclamaban sus dirigentes ante el zar, y éste era el contenido de sus exigencias, salvo los planes utópicos propuestos por algunos intelectuales que implicaban la propiedad colectiva del pueblo. La Iglesia mantenía una relación servil con la autocracia. La aristocracia, en general, hizo lo mismo, y la burguesía emergente de final del siglo XIX era demasiado débil para conseguir representación alguna. La vida grupal y asociativa y las instituciones intermedias que conectan la autoridad con la participación y el consentimiento no existían y, como resultado de ello, no se formuló ninguna ideología que pudiese enfrentarse al despotismo zarista.

Con la llegada de la Revolución soviética, cualquier grupo o vida política que pudiera existir —en la Iglesia, los sindicatos y los nacientes grupos y partidos políticos— fue destruida, como hemos visto, en nombre de una única ideología que todo lo engloba por una elite y consagrada en el Partido Comunista. Por ello, cuando el régimen comunista comenzó a tambalearse, no había centros potenciales de los cuales pudiera surgir una nueva ideología anticomunista reformista. Tal y como lo expuso un intelectual próximo a Gorbachov en su evaluación del impacto del comunismo en la sociedad soviética: «Cuando se han destruido todas las estructuras naturales de la vida —en la familia, el Estado y la religión—, ¿cómo puedes volver a crearlas?». O de forma más precisa: ¿cómo pueden reafirmarse a sí mismas?

El declive del comunismo al final de los años ochenta y principio de los noventa únicamente estaba asociado, por tanto, a la reaparición de fragmentos ideológicos arraigados en el pasado histórico: anarquismo, manifestaciones étnicas, huelgas de trabajadores, una vuelta al compromiso religioso y protestas nacionalistas antisoviéticas en prácticamente las quince repúblicas de la antigua Unión Soviética. Han surgido grupos de ciudadanos de a pie que representan gran cantidad de demandas, que van desde exigencias de libertad religiosa a movimientos ecologistas y protestas antisemitas. Aunque parezca mentira, el campesinado no aprovechó la oportunidad para reclamar la tierra que había sido colectivizada. La implacable liquidación de los granjeros privados llevada a cabo por Stalin puede muy bien haber sofocado sus aspiraciones seculares a tener su propia tierra. El comunismo —o el «socialismo», el término cada vez más utilizado— siguió siendo la única ideología. Si se trataba de una «revolución», como Gorbachov apodaba a la *perestroika*, no reunía ninguna de las características de un movimiento revolucionario auténtico, que comprende un conjunto coherente de principios.

Fue la ausencia de una nueva ideología, cuando la vieja estaba muriendo, lo que supuso una auténtica crisis de la autoridad y de las instituciones. Las instituciones comunistas se debilitaron, pero, durante el periodo en el que se estaban estableciendo, las nuevas carecían de legitimidad debido a la falta de un conjunto coherente de valores en los que apoyarse. La crisis

ideológica se transformó en una crisis de las instituciones y la continua ineffecticia de esas instituciones intensificó la crisis de la ideología.

Para muchos, ya desde un principio, Gorbachov y algunos de sus colaboradores estaban comprometidos con la liquidación del marxismo como ideología. Sin embargo, tenían que actuar despacio, primero dentro de la cúpula de la dirección del partido; después, en el Comité Central y, finalmente, entre los miembros del partido antes de tratar de alcanzar el apoyo popular.

No es seguro que Gorbachov tuviera esto en mente. Las primeras reformas emprendidas en nombre de la *perestroika* y la democratización no fueron el resultado de una reflexión ideológica, sino hijas de la necesidad. La economía había llegado a un virtual punto muerto y los aprovisionamientos de alimentos estaban disminuyendo; al mismo tiempo, las cargas sobre el sistema soviético debido a los compromisos militares e internacionales estaban haciéndose más pesadas. Todo lo que Gorbachov ofreció al principio fue un Partido Comunista reformado. La reforma del partido, la eliminación de los burocratas ineficaces e incompetentes y la descentralización del Estado y de la economía dirigida se convirtieron en algo necesario, pero en todos los casos se hicieron en nombre del comunismo.

¿Una nueva ideología?

No fue hasta noviembre de 1989 cuando Gorbachov, en un importante discurso sobre la *perestroika* revolucionaria», proporcionó lo que pretendía ser una nueva ideología. Fue una contundente declaración que favorecía las privatizaciones y la liberación del mercado y una democratización gradual del proceso político. Gorbachov, sin embargo, continuaba aferrado al Partido Comunista y a su monopolio del poder político. Fuese para controlar el camino y la dirección del cambio o por una creencia auténtica, insistía en que él era un comunista. «Estamos utilizando el método leninista —proclamaba—. Debemos analizar cómo surge el futuro de la realidad.» Y rechazaba explícitamente el método estalinista que imponía «recetas precocinadas sobre la sociedad y ajustaba a ellas la realidad».

Fue el «método leninista» el que llevó a Gorbachov a la conclusión de que el régimen político y la economía dirigida deberían ser drásticamente reformados orientándolos hacia el libre mercado y el pluralismo cultural y político. Al mismo tiempo, postuló nuevos objetivos humanitarios. El eje del socialismo es, según Marx, «el ser humano», y a pesar de sus errores en la predicción del devenir del capitalismo y de las dinámicas de la economía capitalista, para Gorbachov el socialismo siguió siendo «el ideal». Prometió una nueva revolución, no desde arriba, sino «desde abajo». Y planteó el desarrollo de un socialismo de base y participativo que reemplazara el estatismo. «La *perestroika* —afirmaba— ha mostrado que sólo involucrando a la

gente en los asuntos públicos y privados como un ámbito de actividad responsable será posible acabar con su alienación, eliminar la distancia entre los intereses personales y los comunes, y cambiar la actividad del individuo en todas las esferas de la vida.» Después de ofrecer un bosquejo de una serie de reformas económicas y sociales que, en muchos casos, parecían una asunción del socialismo democrático como el existente en los países escandinavos, fuese por razones tácticas o por convicción, Gorbachov volvía una y otra vez al Partido Comunista. «El desarrollo de las actividades independientes de las masas y la promoción de la democratización de todas las esferas de la vida en un sistema de partido único es una misión noble pero muy difícil para el Partido [...] Y depende en gran parte de cómo la abordemos.» Aun después de febrero de 1990, cuando mediante la revisión de la Constitución se abandonó oficialmente el monopolio del Partido Comunista, Gorbachov le pedía que «elaborara y generara programas políticos e ideológicos para aconsejar a la sociedad y al Estado».²

Hablando ante el Comité Central el 6 de febrero de 1990 sobre el borrador del programa que iba a ser presentado en el XXVIII Congreso del Partido, Gorbachov proclamó de nuevo su ideal de un «socialismo humano y democrático» y pidió la «reestructuración del partido como una fuerza democrática». «Seguimos estando comprometidos con la elección que hicimos en octubre de 1917 —dijo— con la idea socialista.»

No apareció ninguna nueva doctrina, no nació ningún nuevo ideal, no se desarrolló ningún programa global. Incluso la posición del partido siguió siendo incierta. En febrero de 1990 se decidió el fin de su monopolio, pero Gorbachov continuó como su líder, exhortándolo a realizar nuevos esfuerzos aunque en nombre del pluralismo y de la democracia. El colapso del comunismo, por tanto, significó un colapso interno, lo que algunos denominan una «implosión». La tela que Stalin había tejido —el culto a la personalidad, el gobierno de la *nomenklatura*, la economía dirigida y la enorme burocracia que la administraba, el partido con sus privilegios y beneficios, la policía secreta que se introducía en las vidas de todos, la conformidad impuesta por el partido a las nacionalidades— fue deshecha punto por punto. El viejo bolchevismo «se desvaneció en el aire», pero su destrucción no era la señal de la aparición de una ideología sucesora vigorosa.

La «apertura»: *glasnost* y *perestroika*

Quizás la insistencia de Gorbachov en permanecer dentro del desplome comunista se debió a que no vio otro modo de mantener unida a la Unión Soviética y, a la vez, reconstruirla de arriba abajo y de abajo arriba.

Después de convertirse en el secretario general del Partido Comunista en marzo de 1985, Mijail Gorbachov consolidó su poder en el Politburó, en el Comité Central y dentro del partido en general. Hacia mediados de 1986,

defendía enérgicamente una política de «apertura», una liberalización del sistema político (*glasnost*) y una reestructuración económica (*perestroika*).

El objetivo de la *perestroika* era descentralizar y, en último término, desmantelar la gigantesca burocracia que planeaba, dirigía y llevaba a cabo la producción industrial y agrícola y el comercio. La burocracia central sería reemplazada por unidades funcionales más pequeñas, tanto en el ámbito regional y local como en el de las grandes empresas y sus gestores. Serían libres para programar su producción, conseguir la fuerza de trabajo y las materias primas a los mejores precios posibles, organizar su propio presupuesto y obtener beneficios de sus productos. Los «beneficios» se alcanzarían tanto a través del incremento en la producción y la eficiencia, que reduciría los costes, como por medio de prácticas de *marketing* creativas que incrementarían las ventas y los ingresos. Estas medidas inyectarían algo de flexibilidad en el sistema, de forma que la producción se adaptara de forma progresiva a las demandas, necesidades y gustos del consumidor. Incluso podría haber competencia entre empresas; por ejemplo, se podrían establecer diferentes beneficios y salarios y se podría garantizar un plus especial de productividad. En otras palabras, la economía soviética se orientaría hacia el mundo «capitalista» para estimular el crecimiento.

Glasnost es el término que se usa para hacer referencia a las reformas emprendidas para liberalizar el régimen político permitiendo un mayor debate público dentro y fuera del partido político, en la prensa, en la radio y en la televisión. Más aún, la *glasnost* buscó desarrollar procedimientos por medio de los que poder inspeccionar y hacer responsables a los funcionarios públicos (la mayoría miembros del partido). Inicialmente no se entendió como un paso hacia la democracia: como hemos visto, no había ninguna intención de abandonar el monopolio del partido único, ni un deseo de hacer públicas las deliberaciones de las instancias de decisión superiores del partido. Solamente se previó y llevó a cabo cierta democratización en lo relativo a las bases y en las elecciones locales. En esta etapa fue más importante la nueva política de «apertura» de Gorbachov. De forma gradual se fueron introduciendo el diálogo, el debate, un segundo examen de las raíces y el destino de la sociedad soviética y de la Unión Soviética, y la liberación de las fuerzas sociales, incluida la economía.

«Estamos a favor de la diversidad de la opinión pública —proclamaba Gorbachov—, de la riqueza de la vida espiritual. No tenemos que tener miedo de planear y resolver abiertamente los difíciles problemas del desarrollo social mediante la crítica y la discusión. En estas circunstancias es cuando hace la verdad y se adaptan las decisiones correctas» Gorbachov declaró posteriormente que la investigación crítica debería dirigirse también a la historia soviética y a la reconsideración del papel de los líderes revolucionarios, incluyendo, sobre todo, a Stalin y muchas de sus víctimas. En resumen, Gorbachov estaba exhortando a los rusos, durante tanto tiempo tratados como súbditos, a que se convirtieran en ciudadanos: libres para

participar, iguales ante la ley y protegidos frente a regímenes personalistas y dictatoriales, como el creado por Stalin. También abrió una amplia ventana al mundo. La «coexistencia pacífica», parecía indicar, ya no era suficiente. El presente y el futuro requirieron «interrelación» e «interdependencia», cooperación y solidaridad. Esta perspectiva era necesaria, decía, debido a los cambios tecnológicos y de recursos mundiales, a los problemas sociales y económicos en los países en desarrollo y, sobre todo, a la supervivencia humana frente a los peligros de las armas nucleares.³

El paso hacia las libertades económicas (y la eficiencia) y políticas (y la responsabilidad política) se convirtió, sin duda, en una de las perspectivas más excitantes para la sociedad soviética. La inercia del pasado, la pesada mano de una burocracia que se había institucionalizado a sí misma a lo largo de tantos años, el trato preferencial y los privilegios que iban ligados a los puestos decisorios más altos —entre los políticos, los administradores, los militares, los burocratas y, en general, la *intelligentsia* soviética—, todos ellos parecían peligrar si los funcionarios fueran a ser libremente inspeccionados y criticados (véase la tabla 7.1)

El final del monopolio del Partido Comunista y la liberalización de la economía

Es a partir de 1988, y especialmente entre 1989 y 1990, cuando el cambio alcanzó un momento crítico. Se volvió radical y cuestionó, por lo menos indirectamente, la ideología comunista y su régimen. De hecho, acabó con ambos, ya que Gorbachov y sus colaboradores diseñaron y comenzaron a poner en práctica reformas auténticamente democráticas y algunas económicas de carácter liberal. El «bloqueo soviético» se escindió, con Europa del Este, Letonia, Lituania y Estonia reivindicando su independencia. Dentro de la propia Unión Soviética, las unidades políticas federadas (las repúblicas) se pusieron también en marcha para reafirmar su voluntad como entidades independientes.

El monopolio del partido único

Como señalamos, hasta finales de 1989 Gorbachov apoyó las reformas dentro del partido y desde el partido. El comunismo y el partido, afirmaba, tienen un papel vital que desempeñar en la democratización de la sociedad y en las reformas económicas. Exhortaba al Partido Comunista a que fuera por delante. Sin embargo, en febrero de 1990, con un voto prácticamente unánime, el Comité Central acabó con el monopolio del partido. El artículo 6 de la Constitución, la misma piedra angular del leninismo, que comentamos anteriormente, afirmó:

Tabla 7.1 Seis años de cambio bajo Gorbachov, 1985-1991

Marzo 1985 Gorbachov asume el poder y promete reformar la economía.

Abril 1985 Ante el Comité Central del partido, Gorbachov introduce la *perestroika*, una política destinada a reformar la burocracia soviética y las rigideces de la economía dirigida.

Marzo 1986 El Congreso del Partido Comunista aprueba la resolución de Gorbachov que apoya «cambios verdaderamente revolucionarios en la economía» dirigidos a su liberalización.

Noviembre 1987 Con ocasión del septuagésimo aniversario de la Revolución Bolchevique, Gorbachov reconoce los crímenes de Stalin, apoyando la reconsideración de la historia del comunismo en Rusia. Se relaja la censura y se promueve la libertad para publicar y criticar. Pero la democratización proporciona a las repúblicas étnicas (Armenia y Lituania, por ejemplo) la justificación para reiterar sus demandas de independencia.

Marzo 1989 En elecciones al recientemente establecido Congreso de los Diputados del Pueblo llevadas a cabo libremente, muchos líderes comunistas son derrotados, pero la mayoría permanece en manos del partido.

Noviembre 1989 Gorbachov elabora un amplio manifiesto en el que refrenda el marxismo como la única fuerza capaz de hacer revivir al sistema y enfatiza de nuevo el papel de guía del Partido Comunista. Exhorta al desarrollo de un comunismo «con rostro humano».

Febrero 1990 El Comité Central abandona formalmente el monopolio del Partido Comunista y, de acuerdo con ello, se revisa la Constitución.

Marzo 1990 Tienen lugar elecciones en las Repúblicas Socialistas Soviéticas y en muchas ciudades. En Rusia, Ucrania y Bielorrusia los candidatos prodemocráticos independientes obtienen ganancias significativas. En algunas de las principales ciudades (Moscú, Leningrado, Kiev) consiguen el control total.

Marzo-junio 1990 Los cambios constitucionales, confirmados por el Comité Central, crean una nueva todopoderosa presidencia, y Gorbachov es elegido por el Congreso de los Diputados del Pueblo como el primer presidente.

Tabla 7.1 (Cont.) Seis años de cambio bajo Gorbachov, 1985-1991

Julio 1990 Se celebra el XXVIII Congreso del Partido Comunista. Gorbachov mantiene su liderazgo, pero es criticado con dureza, tanto por los conservadores como por los reformadores democráticos. Estos últimos le acusan de no llevar adelante con suficiente rapidez las reformas en la economía.

Diciembre 1990 Se reúne el Congreso de los Diputados del Pueblo para considerar cambios constitucionales que otorguen al presidente Gorbachov poderes adicionales y para debatir un nuevo Tratado de la Unión. Una propuesta para transformar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en la Unión de Repúblicas Soviéticas Soberanas es derrotada. Se crea un nuevo cargo de vicepresidente, y Gernadi I. Yanayev, un viejo y leal funcionario del Partido Comunista, es nominado para el puesto por Gorbachov y refrendado por el Congreso. Decidira ser comunista «hasta lo más profundo de mi alma». Muchos de los reformadores liberales democráticos se retiran. Todavía debe promulgarse la principal legislación concerniente a la economía, los derechos de propiedad y el nuevo Tratado de la Unión.

17 de marzo de 1991 Se aprueba de forma abrumadora un referéndum sobre el «Tratado de la Unión», pero tanto su formulación como las respuestas a cuestiones específicas incluidas en él en diversas repúblicas enturbian el veredicto popular.

31 de marzo de 1991 Los georgianos participan masivamente en un referéndum y apoyan de forma aplastante la independencia de Georgia.

12 de junio de 1991 Las titubeantes fuerzas prodemocráticas reciben un tremendo espaldarazo cuando Boris Yeltsin es elegido presidente de la República Rusia, que representa más de la mitad de la población soviética, en una elección libre y abierta. Obtiene el 60 por ciento de los votos, derrotando a los otros candidatos—incluido el del Partido Comunista—en la primera votación.

Última semana de agosto de 1991 El Partido Comunista lleva a cabo un golpe contra Gorbachov. El intento de retornar al viejo orden fracasó y Yeltsin da un paso adelante como el hombre del momento.

Septiembre de 1991 Gorbachov es destituido. Fin de la Unión Soviética.

La fuerza que lidera y guía a la sociedad soviética y el núcleo de su sistema político y de todas las organizaciones estatales y públicas es el Partido Comunista de la Unión Soviética [...] Armado con el marxismo-leninismo define las perspectivas y el desarrollo general de la sociedad.

La abolición del artículo 6 señaló una «apertura» a otros partidos y grupos —ya provisionalmente organizados— para competir en elecciones nacionales y estatales (de las repúblicas). Pero significó mucho más: suponía que el Partido Comunista renunciaba a su papel de educador y guía de la sociedad. La ideología expresada en el comunismo, por tanto, ya no se consideraba por más tiempo la encarnación de la verdad. Otras ideologías emergentes, expresándose a través de asociaciones, partidos y grupos recientemente fundados (incluida la Iglesia, las organizaciones nacionalistas y patrióticas y, sobre todo, las minorías étnicas), reivindicaban sus propias demandas, y pudieron competir libremente con el Partido Comunista en igualdad de condiciones. Corrían vientos de pluralismo político y a finales de 1990 habían aparecido un gran número de organizaciones políticas.

Junto a las reformas políticas que hemos explicado de forma resumida, se previeron reformas globales de la economía. Todas ellas apuntaban en la misma dirección: hacia el liberalismo económico. En la última amplia propuesta introducida por el presidente Gorbachov en noviembre de 1990, se esbozaron las siguientes medidas a ser llevadas a cabo a lo largo de un período de tiempo:

1. Libertad de los productores para producir con objeto de obtener beneficios.
2. Competencia entre los productores.
3. Liberalización gradual de los precios.
4. Privatización de la tierra y de las granjas.
5. Incorporación gradual de la economía soviética a la economía internacional.
6. Finalmente, el desmantelamiento de la enorme burocracia en el plan y en los ministerios económicos.

Los millones de burocratas (la mayoría de ellos miembros del partido) se opusieron incondicionalmente a estas reformas en nombre de la ideología. Reformas que también atacaban los privilegios de importantes sectores de la sociedad: trabajadores, jubilados, personal asalariado y agricultores. Para muchos eran tan revolucionarias como la Revolución Bolchevique de 1917.

Para contribuir a la confusión general, las repúblicas socialistas soviéticas se hallaban en el proceso de desarrollo de sus propias reformas económicas independientemente de la Unión Soviética. Comenzaban a establecer acuerdos comerciales entre sí e incluso con países extranjeros al margen de las autoridades soviéticas; habían amenazado con llegar a imprimir su propia

moneda y declararla la única legal; determinaron (y esto fue bastante más perceptible en las tres repúblicas bálticas, pero también en Armenia) que sus ciudadanos no serían reclutados por el ejército soviético; y algunos organizaron su propia policía, desafiando a veces a la todopoderosa policía secreta.

El fracaso final de Gorbachov

En medio de una profunda crisis, con la ideología comunista agonizante sin dejar paso a otra, con elecciones relativamente libres en las que los grupos opositores reafirmaban su fuerza, con una violencia étnica desenfrenada y movimientos en favor de la independencia de diversas repúblicas frente a la autoridad soviética central, podemos comenzar a entender los frecuentes cambios institucionales introducidos por Gorbachov para hacer frente a la crisis y, más aún, los constantes retoques a las reformas institucionales que introdujo.

En marzo de 1990, Gorbachov movilizó a los delegados del Congreso de los Diputados del Pueblo para hacer aprobar una legislación que apoyara la creación de una poderosa presidencia soviética. Y aseguró su propia designación como presidente por un período de cinco años, no a través del partido, sino del Congreso, sin tener que someterse a una elección popular. El nuevo presidente sería comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. También nombraría a los principales miembros del gobierno, sujeto a la confirmación del Congreso de los Diputados del Pueblo y del Soviet Supremo. Los poderes más particulares e inherentemente controvertidos, garantizados al presidente por las reformas constitucionales de marzo de 1990, fueron la capacidad para emitir decretos que tenían fuerza de ley en todo el territorio de la URSS; el poder de disolver el Soviet Supremo en determinadas circunstancias y el de imponer la ley marcial en zonas de la Unión Soviética.

Se estableció un nuevo «Consejo presidencial», y una reorganización y redistribución de la autoridad y de las funciones ejecutivas le permitió operar como una especie de cuerpo asesor del presidente similar al gabinete. Junto al plan de someter en el futuro a la presidencia a una elección popular directa, estos cambios acercaron a la Unión Soviética a la instauración de un poderoso sistema de gobierno «semipresidencialista»⁴. De esta forma, Gorbachov intentó desarrollar un núcleo de poder fuera del Partido Comunista. Toqueville señaló que «el momento más peligroso para un mal gobierno es cuando intenta emmendarse». Nunca nadie ha tenido una razón mejor que Gorbachov para apreciar la idea de Toqueville. Para los bolcheviques de la vieja escuela, Gorbachov estaba avanzando hacia la reforma demandado deprimir, para Boris Yeltsin, presidente de la República Rusa, lo había demasado después. Durante todo su gobierno se dijo de Gorbachov que la suya era la nada enviable tarea de luchar por reconstruir un avión en pleno vuelo. En agosto de 1991, el avión que transportaba a Gorbachov se

estrelló: los bolcheviques de la línea dura, asustados al ver su mundo decaer, perpetraron un golpe de Estado contra él. Yeltsin, después de haber ayudado a acabar con el golpe, acusó a Gorbachov de ser incapaz de romper definitivamente con el Partido Comunista. Antes de que finalizara el mes de septiembre, Gorbachov se quedó sin trabajo y la Unión Soviética dejó de existir. Las diversas repúblicas decidieron seguir su propio camino.

El derrumbamiento del comunismo en Europa del Este

El comunismo en Europa del Este cayó antes y con consecuencias más dramáticas que en Rusia y en la antigua Unión Soviética. La lista de regímenes comunistas que desaparecieron a lo largo de 1989 y 1990 incluye Polonia, Alemania del Este, Checoslovaquia, Hungría, Estonia, Lituania y Letonia. El desmembramiento de Yugoslavia y el estallido de una guerra civil devastadora dentro de sus territorios prueba que la caída del comunismo, lejos de señalar automáticamente el advenimiento de una nueva época de libertad, puede significar el retorno a un pasado nacionalista lamentable y criminal.

Existen muchas razones para el repentino colapso del comunismo en los países de Europa del Este. Todos ellos tenían una cosa en común: la rebelión frente a los regímenes comunistas fue profundamente nacionalista y perseguía la independencia frente a la dominación soviética y los partidos comunistas autóctonos que habían sido impuestos por la dirección soviética. El debilitamiento de la capacidad soviética para mantener su control y la liberalización dentro del Partido Comunista y del régimen soviético desencadenaron las reprimidas exigencias de independencia nacional. Relacionado con el fracaso de la economía dirigida en la Unión Soviética, las sociedades de Europa del Este sufrían el mismo estancamiento económico. Se habían llevado a cabo experimentos con la economía de mercado y la iniciativa empresarial individual, pero iban contra los principios comunes de la ortodoxia comunista y se les miraba con sospecha hasta que los soviéticos comenzaron a considerar el inicio de las mismas reformas. Cuando esto sucedió, la revuelta, tanto contra el comunismo como contra la dominación soviética, se volvió irresistible y afectó a todos los pilares de la ideología comunista y de sus regímenes.

El fin del monopolio y del gobierno del Partido Comunista

El dominio del partido finalizó, a efectos prácticos, primero en Polonia, donde la extendida insatisfacción había dado lugar a repetidas confrontaciones entre el Estado y la sociedad en el pasado y en 1979 había conducido a un movimiento de bases sindical: Solidaridad. Después del fracaso para acabar a la resistencia mediante la represión, el prácticamente colapso de la

economía obligó finalmente al régimen a permitir, por lo menos de forma parcial, elecciones democráticas a través de las cuales Solidaridad pudo por fin romper el monopolio político de los comunistas. En junio de 1989, Solidaridad obtuvo una aplastante victoria en las primeras elecciones parlamentarias libres, acabando de hecho con el régimen comunista. En agosto de 1989 se formó un nuevo gobierno encabezado por Solidaridad, pero con participación comunista. Después de la introducción de reformas económicas radicales, este nuevo gobierno procedió en julio de 1990 a destituir a todos los comunistas del Consejo de Ministros. Por último, en diciembre de ese mismo año, el líder de Solidaridad, Lech Walesa, fue elegido presidente.

En Hungría la disminución del rendimiento económico condujo al conflicto con la elite política comunista sobre el futuro rumbo de la reforma, y este conflicto pronto se extendió a toda la sociedad. Bajo la presión de manifestaciones cada vez más frecuentes y numerosas que pedían la democratización, la dirección comunista se fragmentó con rapidez y el partido se desintegró. En la primavera de 1989 estaba claro que un nuevo orden más democrático y pluralista estaba surgiendo en Hungría a medida que los grupos de la oposición se coaligaban en partidos. En un intento de romper con su propio pasado, el Partido Comunista Húngaro cambió su nombre, abandonó toda exigencia de monopolio político y negoció un acuerdo con las fuerzas de la oposición para convocar elecciones libres.

La creciente impaciencia hacia el autoritarismo en Alemania del Este provocó manifestaciones populares y levantamientos que la policía no pudo contener. En 1989, miles de alemanes del Este huyeron a Alemania Occidental, y en Leipzig y otras ciudades tuvieron lugar manifestaciones masivas exigiendo la democratización. Una «nueva» dirección comunista intentó obtener el apoyo popular realizando concesiones a las personas que desahaban viajar, incluyendo la memorable apertura del muro de Berlín. Pero las continuas manifestaciones forzaron la caída del Partido Comunista, dejando libre el camino para la aparición de un régimen no comunista en Alemania del Este y abriendo la puerta a la reunificación.

En Checoslovaquia las manifestaciones masivas que comenzaron a mediados de noviembre de 1989 derribaron la dirección comunista hacia el final de diciembre. Y en Rumanía este tipo de manifestaciones derrocaron al régimen de Ceaucescu —de hecho una tiranía personalista— durante los últimos días de 1989 (véase la tabla 7.2).

Después del comunismo: ¿democracia o nacionalismo virulento?

En las primeras elecciones celebradas en 1990 en prácticamente todos los estados de Europa del Este que habían sido dominados por partidos comunistas, el veredicto fue aplastantemente contrario a ellos. En Checoslovaquia (8 y 9 de junio) el Partido Comunista sólo recibió el 14 por ciento de los

Tabla 7.2 Transición en Europa del Este: el colapso del comunismo, 1989-1990

Enero de 1989	<i>Polonia.</i> El Partido Comunista acepta negociar con los opositores de Solidaridad.	Diciembre de 1989	<i>Checoslovaquia.</i> Se forma el nuevo gobierno con mayoría no comunista. Vaclav Havel es elegido presidente de Checoslovaquia por el Parlamento.
Abril de 1989	<i>Hungría.</i> Los líderes del Partido Comunista prometen un sistema multipartidista.		<i>Rumania.</i> La protesta local contra el acoso a los ciudadanos de etnia húngara finaliza en manifestaciones masivas, con el apoyo de los de etnia rumana, contra la tiranía de Ceausescu; él y su mujer son arrestados y ejecutados.
Mayo de 1989	<i>Polonia.</i> El líder comunista W. Jaruzelski y el líder de Solidaridad, Lech Wałesa, alcanzan un acuerdo para celebrar elecciones parcialmente democráticas al Parlamento.	Enero de 1990	<i>Yugoslavia.</i> La Liga de los Comunistas (el Partido Comunista) de Yugoslavia convoca un congreso extraordinario en el que renuncia a su monopolio constitucional del poder político y aprueba un sistema político multipartidista.
Junio de 1989	<i>Hungría.</i> La demolición del «telón de acero» comienza con la retirada de la alambrada de púas de la frontera austro-húngara.		<i>Polonia.</i> El partido comunista (Partido de los Trabajadores Unidos Polaco) se disuelve formalmente y se reconstituye como un partido de orientación no comunista, sino socialista, conocido como la Socialdemocracia de la República de Polonia.
Agosto de 1989	<i>Polonia.</i> Solidaridad obtiene una aplastante victoria en las primeras elecciones parcialmente libres; consigue el control de un fortalecido Parlamento.	Marzo de 1990	<i>Hungría.</i> Las primeras elecciones multipartidistas libres otorgan la victoria electoral a la oposición democrática: el moderado conservador Foro Democrático obtiene el 24,7 por ciento de los votos, la más radical Alianza de Demócratas Libres el 21,4 por ciento y el Partido de los Minifundistas Independientes el 11,8 por ciento.
Octubre de 1989	<i>Alemania del Este.</i> El flujo de refugiados hacia Alemania Occidental a través de Hungría y Checoslovaquia continúa, mientras las manifestaciones a favor del cambio aumentan en tamaño y frecuencia.		<i>Alemania del Este.</i> Las primeras elecciones multipartidistas libres dan la victoria electoral a la alianza de la oposición democrática conservadora.
	<i>Hungría.</i> El Partido Comunista se reorienta hacia un programa político más liberal y adopta el nombre de Partido Socialista; el Parlamento revisa la constitución para acabar con el monopolio político del comunismo, permitiendo un sistema multipartidista.	Abril de 1990	<i>Alemania del Este.</i> La coalición democrática conservadora encabezada por los demócratacristianos forma gobierno.
	<i>Bulgaria.</i> Una concentración de protesta da lugar a una promesa de reforma por parte de la dirección comunista.	Diciembre de 1990	<i>Polonia.</i> Lech Wałesa, el antiguo líder de Solidaridad, es elegido presidente, sustituyendo al general Jaruzelski, el único representante que quedaba del gobierno comunista; comienzo de la «desestalinización».
Noviembre 1989	<i>Alemania Oriental.</i> La reorganización de la dirección del Partido Comunista no consigue detener ni el flujo de refugiados hacia el oeste ni el aumento del desasosiego interno: el Politburó dimite; se abre el Muro de Berlín y se permite viajar libremente a Occidente; la dirección comunista promete elecciones libres.		<i>Albania.</i> Liberalización en Albania, donde se forma un partido democrático de oposición.
	<i>Checoslovaquia.</i> Los grupos de la oposición forman una alianza denominada Foro Cívico; a pesar de los esfuerzos de los comunistas por mantener el poder por medio de concesiones, las fuerzas de la oposición prevalecen; el Partido Comunista renuncia al monopolio del poder y reconoce la necesidad de elecciones libres.	15 de junio de 1991	<i>Yugoslavia.</i> Eslovenia y Croacia, inspiradas por la secesión de las tres repúblicas bálticas de la URSS en 1990, intentan conseguir su autonomía. Serbia, la república dominante, utiliza la fuerza para evitarlo.
	<i>Bulgaria.</i> El durante largo tiempo líder del Partido Comunista, Todor Zhivkov, de setenta y ocho años, es destituido y reemplazado por Petar Mladenov, de cincuenta y tres años, que comienza a llevar a cabo un programa de modesta liberalización política.	1 de junio de 1993	<i>Checoslovaquia.</i> Checos y eslovacos escogen en una elección formal dos repúblicas separadas, con efecto a partir del 1 de enero de 1993.

votos; en Alemania del Este (18 de marzo), únicamente el 18 por ciento; en Hungría (25 de marzo-8 de abril) dos partidos comunistas —uno «reformado» y el otro no— obtuvieron el 11 por ciento; en Polonia en las elecciones al Senado celebradas con anterioridad (en junio de 1989), Solidaridad obtuvo 92 de los 100 escaños; y en la elección presidencial de diciembre de 1990 no hubo candidato comunista. Ganó el líder de Solidaridad, Lech Walesa. En Bulgaria (10 y 17 de junio), los ex comunistas, participando bajo la denominación de Partido Socialista Búlgaro, recibieron el 47 por ciento del voto e intentaron formar un gobierno de coalición. Sólo en Rumanía (20 de mayo) los comunistas, bajo el nombre de Frente de Salvación Nacional, que incluía a diversos grupos políticos, alcanzaron la mayoría.

Con la separación del Partido Comunista del poder se introdujeron nuevas instituciones políticas. Todas ellas copiaron las constituciones democráticas de Europa Occidental. Las asambleas legislativas se eligieron libremente y se les otorgó el poder de legislar con libertad y de controlar al gobierno; el poder ejecutivo se confirió, o a un presidente o a un gabinete, elegidos por el legislativo o por el pueblo, y responsables ante ellos; se estableció la tutela judicial y se garantizó la independencia de los jueces. Se desmanteló o purgó la policía secreta, el pilar de los regímenes comunistas, cuyos poderes a partir de entonces fueron cuidadosamente limitados. Se declaró el pluralismo, político y cultural. Por lo menos aparentemente, Europa del Este dio un paso hacia la democracia en la política y hacia el mercado en la economía.

Pero todavía queda la cuestión de si la democracia y la economía de libre mercado sobrevivirán al difícil período de transición desde un gobierno comunista y una economía dirigida a la democracia y a la iniciativa empresarial individual. Serias dificultades económicas aquejan a los países del Este, tan graves que la democracia bien podría parecerse demasiado a un lujo. Y lo que ha empeorado aún más las cosas ha sido el dramático resurgir del nacionalismo y el modelo de intenso conflicto étnico. El peor caso, hasta ahora, ha sido el estallido de una guerra sangrienta en lo que una vez fue Yugoslavia. En claro contraste, la división de Checoslovaquia en dos unidades políticas autónomas, la República Checa y la República Eslovaca, se ha producido de forma pacífica, en virtud de unas elecciones generales llevadas a cabo en junio de 1992. Las perspectivas de futuro de la democracia en lo que una vez fue Yugoslavia, en efecto, no son nada halagüeñas; mucho más esperanzadora es la situación en el área conocida hasta hace poco como Checoslovaquia.

Los últimos bastiones

Los regímenes comunistas, junto a la ideología que los alimentaba, parecen encontrarse en un proceso de erradicación en casi todas partes. Sin embargo, hay algunos (que podemos denominar «los últimos bastiones») que se

resisten al cambio y permanecen desafiantes, proclamando su compromiso con el comunismo y manteniendo un rígido gobierno autoritario de partido único. Es el caso de Corea del Norte, Albania, Cuba, Vietnam y, particularmente, China. Entre algunos regímenes africanos supuestamente comunistas, que utilizaban esta ideología para racionalizar un régimen militar, el marxismo también está perdiendo fuerza rápidamente (aunque no el régimen militar).

En los regímenes comunistas que siguen existiendo la reacción a la «apertura» de Gorbachov fue un desafiante rechazo de los cambios realizados o previstos y una reafirmación de la verdadera fe. En Corea del Norte, donde la dictadura política y militar de Kim Il Sung gobernó el país durante más de tres décadas hasta su muerte, en 1994, y donde el «culto a la personalidad» del líder emula al disfrutado por Stalin, la dirección reafirmó su intención de «salvaguardar los principios del socialismo, pase lo que pase». Se reforzó la intimidación, la represión y el adoctrinamiento, así como el control vigilante de la policía. Hasta ahora no hay nada que indique que la muerte de Kim Il Sung haya conducido a un cambio en la naturaleza del régimen político.

En Cuba, donde en 1961 se proclamó el comunismo como la ideología oficial, la reacción frente a los cambios en la Unión Soviética y el este de Europa fue rápida. No habría «castroka». Admitiendo que «llegan tiempos difíciles», Fidel Castro proclamó que Cuba era el «último baluarte del socialismo» y dedicó duras palabras al revisionismo y a los revisionistas. No ha habido relajación del gobierno de partido único, del papel de la policía, ni un paso hacia la liberalización de la economía. El socialismo cubano, con una fuerte dosis de nacionalismo dirigida contra el «imperialismo yanqui», permanece firme. Del mismo modo, en Vietnam el Partido Comunista y la economía dirigida están organizados conforme a directrices estalinistas. Allí el régimen comunista mantiene su intrasigente postura. En su «Programa para Construir el Socialismo durante el Período de Transición», dado a conocer el 1 de diciembre de 1990, el Partido Comunista Vietnamita afirmaba: «En algunos países los partidos comunistas han perdido incluso su papel de liderazgo. Fuerzas hostiles se están aprovechando de esos errores y dificultades para lanzar una contraofensiva con intención de abolir el socialismo [...] El socialismo recuperará su vitalidad y [...] prevalecerá»⁵.

China: Mao y después de él

China es, naturalmente, el más importante de los países que sigue siendo comunista. Es un caso especial. «Maoísmo» fue la etiqueta del movimiento comunista y de su ideología que se desarrolló en China bajo el liderazgo de Mao Tse-tung y que continúa actualmente después de su muerte. El presidente Mao fue durante más de cuarenta años el incuestionado líder del Par-

tido Comunista Chino y jefe del gobierno comunista en China después de la Guerra Civil (1946-1949) hasta su muerte en 1977. Pero en el desarrollo del sistema comunista chino ha existido un alto grado de incertidumbre y en algunos momentos absoluta inestabilidad—si no caos—, tanto durante el mandato de Mao como después de su muerte. Desde su comienzo, en el régimen comunista chino se pueden destacar las siguientes etapas ideológicas e institucionales:

1. Un período de consolidación, pero también de educación y movilización en los principios del socialismo (1949-1953).
2. El paso hacia la planificación económica y el socialismo (1953-1956), seguido por un período de liberalización conocido como la campaña de las Cien Flores.
3. Un enorme esfuerzo para industrializarse conocido como el Gran Salto Adelante (1957-1960).
4. Un ulterior período de marcha atrás con respecto a las metas de industrialización rápida, que duró hasta 1965.
5. La Revolución Cultural (1966-1969), de nuevo seguida de una etapa de consolidación hasta 1972.
6. El período posterior a la muerte de Mao cuando, después de un breve conflicto entre líderes «moderados» y «revolucionarios» (que procedían del período de la Revolución Cultural y reivindicaban ser los herederos intelectuales de Mao), los moderados se han impuesto. Conceden especial importancia a la estabilidad, la industrialización y la modernización con la ayuda de países capitalistas de Europa Occidental e incluso Estados Unidos.
7. En la década de los ochenta de nuevo asistimos a un período de cambio en el que, junto a modos de producción socialista, se ensayan incentivos «capitalistas» en la economía y especialmente en la agricultura.
8. El comienzo de los noventa presenta una lucha entre las fuerzas de la democratización y de la liberalización económica y las de una tambaleante oligarquía de partido.

La constante fluctuación entre un impulso democrático y participativo y el control y dominio comunista continúa, y los acontecimientos, tanto en la Unión Soviética como en la Europa del Este, no han hecho más que agudizarla. En China, el impulso democrático y participativo se dirige contra la dirección de un partido envejecido, pero que todavía mantiene su monopolio político, que ha rechazado cualquier reforma auténticamente democrática que permitiera la competencia política y que ha negado libertades a la prensa, a los intelectuales y a las universidades. La confrontación con los estudiantes e intelectuales (y algunos trabajadores) en la plaza de Tiananmen en junio de 1989 sólo puso de relieve la tensión existente entre las

fuerzas democráticas y liberales y la dirección del partido. Después de un primer momento de debilidad, los líderes del partido decidieron adoptar medidas represivas contra los defensores de la democratización y pudieron al ejército que interviniere. Parece que hubo cientos de muertos, y muchos más fueron arrestados o se exiliaron. El Partido Comunista reafirmó su papel y su monopolio político y acusó a la dirección soviética de desviación del modelo socialista.

¿Caerán los últimos bastiones?

Con la caída de la Unión Soviética los restantes regímenes comunistas, incluida China, se encuentran en un serio aprieto. Para muchos de ellos la Unión Soviética había sido en algún momento la fuente de la verdad ideológica, el banquero que les proporcionaba los recursos necesarios y el proveedor de armas y de tecnología militar, y ahora su protector ya no existe. Todos los regímenes comunistas que quedan afrontan, por tanto, la misma incertidumbre ideológica: y todos podrían experimentar crisis económicas y políticas. Se pueden hacer algunas observaciones acerca de estos últimos bastiones.

1. Las economías dirigidas socialistas afrontan en todas partes la misma crisis. Los controles y la burocratización central han conducido a una patente ineficacia, corrupción y baja productividad, y a un declive en el producto nacional y per cápita, en contraste con las economías de mercado. El gobierno, en casi todos estos países, se ha visto obligado a reajustar de algún modo la economía mediante la adopción de algunas medidas que permiten los incentivos privados y la liberalización del mercado, pero dentro de una economía dirigida rigurosamente controlada.
2. Ahora que los subsidios soviéticos han desaparecido, se deben buscar fuentes de apoyo alternativas en el comercio internacional. Cuanto más responden estos regímenes a la lógica de la economía internacional, menos pueden mantener su control sobre sus economías.
3. Dada la rápida expansión de las redes de comunicaciones de alcance mundial, la gente—en estos países— está comenzando a ser consciente de las disparidades entre su nivel de vida y el del denominado mundo capitalista. Esto está claro para muchos chinos, ya que obtienen señales y mensajes de Taiwan, Hong Kong y Japón, por no decir nada de las decenas de miles de estudiantes chinos que estudian en Estados Unidos y en Europa Occidental. Los mismos cubanos escuchan los programas de radio de Estados Unidos y de toda Sudamérica, y pueden ver programas de televisión, incluidas noticias,

deportes y anuncios transmitidos desde Key West, en Florida. Está creciendo una especie de mercado negro de la opinión pública que ningún régimen puede controlar.

4. En prácticamente todos estos regímenes comunistas que quedan, entre los que se encuentra Cuba, la dirección se está haciendo vieja. Los heroicos años de la revolución han acabado y el ideal está comenzando a borrarse, especialmente para los jóvenes que no conocen apenas el pasado y que juzgan su régimen según sus resultados actuales. Hoy en día existe un auténtico conflicto intergeneracional que enfrenta a la mayoría de la población con la dirección comunista. La ideología marxista, tan preciosa para los que lucharon por ella, se está volviendo irrelevante para la mayoría. En ningún lugar es más evidente este fenómeno que en China, donde hombres ancianos permanecen demasiado tiempo a la cabeza del Partido Comunista.

La dirección comunista en todos estos «últimos bastiones» está tratando desesperadamente de aferrarse al poder, y los modos de hacerlo, por decir algo, no son seguros. Uno es reforzar la represión con la ayuda del ejército; el segundo es promover la acometida de reformas progresivas a través de la democratización del partido y la liberalización de la economía. Este tipo de reformas, sin embargo, aumenta el deseo de conseguir más, y podrían debilitar y quizás desplazar a la élite política en el poder. Atrapados entre dos posibilidades de elección —represión o reforma— el futuro de los regímenes comunistas todavía en el poder resulta incierto.

Finalmente, está la crítica cuestión de la «ideología». Como en el caso de la Unión Soviética, no existe una nueva ideología que reemplace al comunismo.

Epílogo: ¿Un mundo sin comunismo?

El ideal de un mundo comunista, tal y como lo formuló Marx en términos de un nuevo cuerpo de teoría social y económica, y convertido por Lenin en un arma política para la conquista y consolidación del poder político por un solo partido, se hizo realidad por primera vez en Rusia. El ideal y el partido leninista se convirtieron en vehículos para el establecimiento de un régimen autocrático, apadrinado y alimentado por Stalin y sus herederos, hasta que se hizo evidente una aguda dispartidad entre la «realidad» soviética y el ideal marxista. Sin embargo, como señalamos, hasta final de los años setenta muchos leales e intelectuales en Rusia y Occidente, pero también donde había tenido influencia —China, Europa del Este, Cuba, Vietnam y algunos otros países—, consideraban que el comunismo soviético era una fuerza progresiva y liberadora.

Historiadores y teóricos discutirán durante mucho tiempo sobre la causa del colapso comunista. Algunos aducirán que las razones de la autocracia estalinista están profundamente arraigadas en la cultura política rusa, y que el fracaso de la economía dirigida socialista se debió al propio atraso de la sociedad rusa. Otros dirán exactamente lo contrario, que el estalinismo no era más que un instrumento necesario para llevar a cabo una rápida industrialización. La ideológica visión de la abundancia estimuló a muchos a trabajar y explicó su fidelidad, tanto durante los años heroicos de la industrialización (1929-1940) como en los años de guerra contra la Alemania nazi (1941-1945). Con la industrialización, el surgimiento de nuevas élites técnicas y gestoras, y la extensión de la educación, la ideología y el partido no pudieron enganchar por más tiempo a la sociedad en un único plan. La misma tecnología generó nuevos medios de comunicación, nuevos grupos profesionales y nuevas demandas. La monolítica y jerárquica estructura comenzó a resquebrajarse y a fragmentarse. El comunismo se convirtió en víctima de su propio éxito. Hay otros que aclamarán la resistencia y el éxito de las sociedades democráticas de Occidente y Estados Unidos. La «contención», propuesta por George Kennan en 1947, funcionó bien y presionó a la economía y a la sociedad soviética hasta que la propia dirección y muchos de sus seguidores comenzaron a darse cuenta de las debilidades de su sistema. Habrá, por último, sociólogos y filósofos que aducirán que en nombre del marxismo se perpetró un enorme fraude intelectual con todos nosotros. Los marxistas afirmaban que el capitalismo llevaba a una creciente alienación del individuo. Era una «falsa» ideología en la que éramos socializados. Distorsionaba la naturaleza humana y nos convertía a todos en esclavos de cosas ajenas a nuestra naturaleza libre. Muchos señalarán ahora que quizás lo contrario fue cierto, que fue el comunismo el que impuso una falsa ideología, contraria a la naturaleza humana, causando en ese proceso alienación y miseria. Por tanto, verán la derrota del comunismo y el colapso de los regímenes comunistas como una reafirmación de la verdadera naturaleza humana: proclive a los intereses egoístas, necesitada de autorrealización personal, apegada a la propiedad, como Aristóteles y otros habían afirmado, y en busca de la autosatisfacción. Los individuos alienados han reivindicado sus verdaderos yoés, tal como Marx había pedido a los trabajadores que hicieran, pero al hacerlo han causado el colapso del comunismo.

Sean cuales sean las razones y las causas, el colapso del comunismo como ideología y sistema de gobierno ha creado una serie de problemas imprevisibles. Deja a las sociedades en las que se puso en práctica en una total confusión. A diferencia del resto de regímenes autoritarios —militares, despóticos, tiránicos, nacionalistas, incluso el nacionalsocialismo alemán— el comunismo destruyó las fuerzas sociales en nombre de su ideal revolucionario. Se alteró la motivación humana; se aplastó el autointerés; los mecanismos participativos se formaron de manera que aseguraran la domi-

nación de una elite política. La conformidad reemplazó al consenso y la planificación sustituyó a la libre iniciativa. Los individuos perdieron incluso la capacidad de planear sus propias vidas, ya que el todopoderoso Estado determinaba el camino para cada individuo prometiendo cuidar de él. Sin el comunismo, las sociedades sobre las que gobernó pueden muy bien compararse con la tierra en la que está remitiendo una enorme riada. Todo es una gran confusión, pero los puntos de referencia que damos por sentados —autoarticulación, autointerés, espíritu emprendedor e iniciativa, los gozos y venenos de la propiedad privada, la capacidad para asumir responsabilidad y correr riesgos y, finalmente, la aptitud para una acción de base y una vida asociativa continuada— deben ser aprendidos de nuevo.

El comunismo, por tanto, dejó a todas las sociedades en las que gobernó sin oportunidades para reestructurar una nueva ideología. El desafío para la democracia como una ideología y un sistema de gobierno es llenar ese vacío creado por el colapso del comunismo. ¿Serán las instituciones políticas democráticas y las estructuras económicas liberales capaces de afrontar ese desafío?

Quizá sí, pero en Rusia y Europa del Este no existe una tradición democrática autóctona esperando ser restaurada. El viejo mundo que ha resurgido es el de un nacionalismo militante (véase el capítulo 9).

Tercera parte

La derecha autoritaria

Prevenir que los enfermos hagan que los sanos enfermen [...] este debería ser nuestro supremo objetivo en este mundo [...] Pero para ello sería esencial sobre todo que los sanos permanecieran separados de los enfermos, que ni siquiera se relacionaran con ellos.

Nietzsche. *La genealogía de la moral*

Edmund Burke fue un conservador y un firme defensor del gobierno constitucional. Las ideologías de la derecha autoritaria, por contra, desprecian la noción de controles y equilibrios, de gobierno limitado y de derechos inviolables.

Los gobiernos autoritarios de la derecha aparecen bajo formas diversas, todas ellas odiosas, pero algunas especialmente detestables desde el punto de vista de alguien comprometido con la creencia de que la personalidad humana individual es o debería ser sacrosanta. España bajo el régimen de Franco y Portugal bajo Salazar fueron dominados políticamente por regímenes autoritarios católicos, que salvaguardaron los privilegios de las élites sociales tradicionales. Mucho peor fue la Alemania nazi, en la que un gobierno totalitario de extrema derecha se dedicó a realizar un claro genocidio.

En la actualidad la extrema derecha muestra signos de volver a convertirse de nuevo en una fuerza a tener en cuenta en Europa, y en Estados Unidos los fanáticos de derechas parecen ser cada día más fuertes. En esta parte examinaremos las ideologías de la derecha radical.